La conquista del ESPACIO

PLANETA SIN LEY

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

PLANETA SIN LEY

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. La diosa humanoide, *Ralph Barby*.
2. Guerra en el triángulo solar, *A. Thorkent*.
3. El detective y su robot, *Clark Carrados*.
4. La invasión de los seres sin cuerpo, *Kelltom Mclntire*.
5. La amenaza del décimo planeta, *A. Thorkent*.

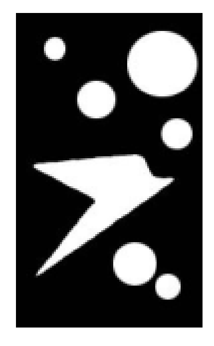
RALPH BARBY

PLANETA SIN LEY

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n ° 519

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 15.849 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Longut no podía remediarlo, pero como todos Tos hijos del planeta Rein, era soberbio y arrogante, máxime delante de los terrícolas. Longut no se conformaba con llevar un guantelete de oro recubierto de gemas y varios collares labrados en metales preciosos y en los que se veían engarzados brillantes, esmeraldas y rubíes, sino que incluso llevaba una pequeña corona que ningún significado tenía en su planeta.

Más sabía que en la civilización terrícola, antes de la era nuclear, aquellas coronas significaban mucho y él se había hecho construir una adornada con los brillantes más valiosos que encontrara.

Los seres del planeta Rein se parecían mucho a los terrícolas, tanto que hasta se les podía confundir si no se les miraba con atención. Sus ojos tenían una ligera oblicuidad vertical, su piel era algo azulada y sus dientes, de una estructura totalmente distinta, se parecían a la boca de un pez. Eran muchos dientes diminutos que formaban como una sierra fina capaz de cortar hasta el acero.

—Los terrícolas no sois tan listos como suponéis, os voy a limpiar.

Estaban en una sala privada dentro de la metrópoli espacial, una metrópoli flotante con una ruta elíptica interestelar fija, como si fuera

un cometa.

En realidad era una nave, una gigantesca esfera artificial dentro de la cual convivían terrícolas y reinícolas que podían quedarse allí o bien la propia metrópoli itinerante les servía para trasladarse de un lugar a otro sin tener que preocuparse demasiado.

—Los reinícolas habláis mucho y luego os arrugáis —casi escupió el terrícola Klaud Orleans.

El reinícola sacó sus dados. Eran zafiros y los puntos, minúsculos rubíes incrustados.

—Mis dados son mejores —le dijo Klaud Orleans mostrando dos antiquísimos dados de marfil.

—Que tire cada uno con los suyos —propuso Longut.

Klaud Orleans replicó:

— ¿Y por qué no cada uno con los dados del otro?

— ¿No te fías de mis dados?

Los seis individuos que se hallaban presentes en la salita privada se miraron entre sí, dos de ellos eran reinícolas. Todos sabían que no convenían los pleitos hallándose dentro.de la metrópoli itinerante espacial; allí, las normas eran muy rígidas y la policía controlaba eficazmente aquel pequeño asteroide artificial, dentro del cual se había construido una ciudad completa en la que viajaban varios millares de individuos de distintas especies.

Cuando la policía atrapaba a alguien en un pleito, lo paralizaba con sus armas. Lo criogenizaba y luego lo mantenía dentro de una cápsula hasta entregarlo a los jueces del planeta correspondiente que, a su vez, solían ser muy duros.

Nadie deseaba realizar el resto del viaje en estado de criogenización y despertar en un aséptico y acerado calabozo del que podía pasar a una cámara de desintegración en el caso de los reinícolas que conservaban la pena de muerte dentro de su civilización, o a trabajos forzados en alguna colonia minera tratándose de terrícolas. Estos vivían bajo un régimen democrático confederal que respetaba los derechos humanos, pero era muy duro al aplicar las sentencias.

—Creo que lo que ha propuesto Klaud es justo —opinó otro de los presentes. Era evidente que se había entablado un desafío entre el reinícola y el terrícola.

—A mí no me importa —dijo el reinícola—. Voy a ganar lo mismo.

— ¿Empezamos con diez mil soles? —preguntó Klaud Orleans.

—Es mucho dinero. ¿Lo tienes?

— ¿Dudas?

—Quiero verlo.

Klaud Orleans sonrió. Sacó su tarjeta de crédito interestelar y se la tendió a Longut el cual la introdujo en una especie de cajita cerrada con ranura y un teclado frontal. Por ondas, se comunicaba con una central de datos bancarios. Aquella cajita la llevaban todos los que deseaban comprobar las tarjetas de crédito que ponían en sus manos.

Una vez introducida la tarjeta, Longut pulsó varias teclas y, casi de inmediato, apareció una luz verde.

—Positivo.

— ¿Convencido ya?

—Sí, pero es bueno no fiarse de un terrícola.

— ¿Y tus diez mil soles?

Con jactancia, el reinícola sacó una bolsita de piel flexible de algún reptil de su planeta. La abrió y extrajo de ella un brillante del tamaño de un huevo de gallina terrícola.

—Esto vale más.

Klaud Orleans tomó aquella deslumbrante piedra preciosa entre sus dedos y la colocó a contraluz para verla mejor. Centelleaba.

—Es perfecto —le observó Longut.

—Sí, es perfecto; pero habría que buscar a un gemólogo para tasarlo.

—Si no quieres, no lo jugamos —replicó Longut quitándole la

piedra preciosa de entre los dedos.

Todos los que allí estaban sabían muy bien qué clase de terrícola era Klaud Orleans, un sicario espacial que se vendía al mejor postor, capaz de matar sin problemas por dinero, siempre que éste fuera suficiente para su categoría de sicario.

Se consideraba importante, pues sólo los importantes, incluidas agencias interestelares que no querían ver manchados sus nombres, encargaban cierta clase de trabajos sucios a Klaud Orleans, un terrícola especialmente dotado para la lucha.

Todos sabían que había escapado a muchos jueces porque siempre encontraba ayudas inconfesables que le sacaban de los aprietos legales. Un hombre de sus características interesaba que viviera y que estuviera libre para poder utilizarlo cuando hiciese falta.

De esta forma, los honorables seguían siendo honorables, pues su imagen pública no se manchaba, pero los que estorbaban eran eliminados. Para eso estaba Klaud Orleans, siempre que no se atreviera a morder la mano de sus amos, las manos que lo alimentaban opíparamente, pues cobraba precios muy altos por sus trabajos.

Después se gastaba el dinero con la misma alegre facilidad en el juego, en placeres exóticos, en bebidas y en mujeres. El dinero se le escurría materialmente entre los dedos, lo que no parecía importarle demasiado, ya que consideraba que pronto iba a ganar más.

—Espera, Longut. Por ser tú y para no ponerme pesado, acepto tu brillante contra mis diez mil soles. Todos sois testigos.

—De acuerdo, lanzaremos los dados; tú los míos y yo los tuyos.

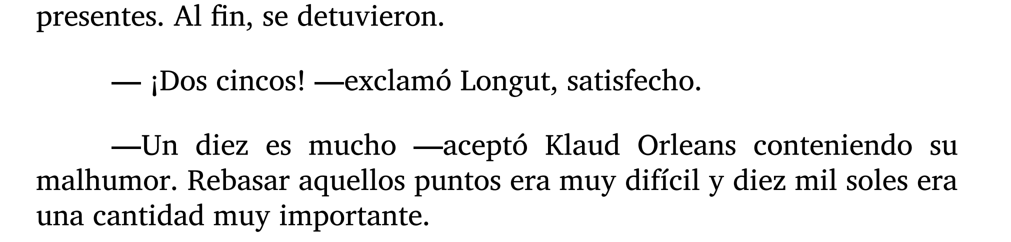
—A una sola tirada —puntualizó Klaud Orleans.

Longut aceptó con su voz gargarizante, una voz propia de los hijos del planeta Rein.

—El punto más alto.

—Puedes tirar, Longut.

Longut miró los dados de fino marfil terrícola. Los hizo saltar en su palma, los agitó en el cazo de la mano y los arrojó sobre la mesa. Los dados rodaron bajo las miradas intrigadas y apremiantes de los



presentes. Al fin, se detuvieron.

— ¡Dos cincos! —exclamó Longut, satisfecho.

—Un diez es mucho —aceptó Klaud Orleans conteniendo su malhumor. Rebasar aquellos puntos era muy difícil y diez mil soles era una cantidad muy importante.

Agitó dentro de su puño los dedos de zafiro y rubíes y los arrojó. Botaron sobre el tapiz verde hasta detenerse.

— ¡Oh! —exclamaron todos.

—Seis y cinco, once dijo despacio, casi insultante, el terrícola, tendiendo la palma de su mano hacia el reinícola.

Este, con la boca apretada, haciendo que sus ojos parecieran más oblicuos en vertical, le tendió el fabuloso brillante.

—Lo siento por ti. ¿Te queda algún huevo más como éste o ya los has perdido todos?

Los demás se rieron al percatarse de la maligna intención y el doble sentido de las palabras de Klaud Orleans.

—Te juego mis collares, mi corona y mi guantelete contra el brillante.

Klaud, jactancioso, irónico e incluso cínico, tocó con el dedo índice los collares que Longut llevaba y dijo:

—No está mal esta chatarra, pero el huevo vale más.

Klaud Orleans examinó de nuevo el brillante al trasluz, se recreaba con aquella acción. Los demás le miraban a él mientras el reinícola estaba a punto de explotar de rabia.

— ¿Conoces mi cosmonave hyperlight?

—Sí, ¿quién no conoce las cosmonaves hyperlight? Son excelentes y muy caras, aptas sólo para afortunados.

—Me la juego contra el brillante.

— ¿Sólo la nave?

—Y lo que hay dentro.

— ¿Y qué hay dentro, Longut?

—Una hembra de superprimera; se llama Alia. —De acuerdo, pero quiero un documento conforme tu cosmonave es mía si pierdes. Ya sabes que las autoridades son muy duras aquí con el robo y luego, si te pones tonto, podrías acusarme. Por otra parte, eso te iba a costar muy caro, pero a mí no dejaría de causarme problemas y no los quiero.

—De acuerdo.

Sacó su aparatito para establecer contacto con la computadora central de datos y puso una placa que pertenecía a la cosmonave con la cual se abría ésta y se podía poner en marcha. Tecleó y algo debió quedar marcado en la placa que luego mostró a Klaud Orleans.

—Si pierdo, es tuya.

— ¿Y la chica también pasa a ser de su propiedad? —rezongó uno de los que allí estaban.

—Si ella está en la nave es porque me pertenece; si otro pasa a ser propietario de la nave, será suya.

—Está bien, sin limitaciones. Vamos a lanzar los dados.

—Poco a poco... Ahora, yo tiro con los míos y tú con los tuyos.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó el terrícola.

— ¿Quién lanza primero? —preguntó el reinícola con su voz garganizante.

—Tú mismo, ¿por qué no?

—Está bien. Ahora voy a concentrarme, mi poder mental es superior al tuyo y haré que los dados me den la victoria. Recuperaré mi brillante.

—Como quieras, a ver qué tal lo haces con la cabeza.

Longut lanzó los dados de zafiro y rubíes. Todos observaron con atención y, al fin, los puntos quedaron a la vista.

—Cinco y seis, once; lo que sacaste tú antes.

—Y con esos puntos gané el brillante.

—Ahora gano yo, terrícola.

—Todavía no he lanzado yo los dados; te falta un poco para ganar.

Longut lo miró con desprecio.

Cuando los dados de marfil saltaron, todo parecía ya perdido; sin embargo, los puntos aparecieron juntos, oscuros, llenándolo todo.

— ¡Doble seis! —exclamó uno, sorprendido.

—Doce ganan a once —silabeó Klaud Orleans.

Longut, al verse perdido, contrajo su rostro, no parecía ser buen perdedor.

—Aquí hay truco, seguro que movéis los dados por teleondas. ¡Los terrícolas sois muy tramposos, esos dados blancos esconden dentro un mecanismo!

—No seas idiota y si has perdido, paga.

— ¡No soy ningún idiota!

El reinícola fue rápido en busca de su arma. Cuando ya la había empuñado, un rayo electrostático de color rojo y azulado cruzó el aire produciendo un rumor escalofriante.

Longut, carbonizado, cayó al suelo. Era ya tarde para utilizar su arma, Klaud Orleans se le había adelantado.

—Se lo ha buscado —dijo a los demás.

Fue hasta su víctima, le quitó la placa que le convertía en propietario de la hyperlight, una cosmonave lujosa, velocísima y deportiva, si es que así podía denominarse, y la chica que aguardaba dentro de ella.

—Bueno, no creo que deba dejar nada para sus herederos —rezongó quitándole las joyas que Longut llevaba encima y colocándoselas él.

—Vas a tener problemas con la policía de la metrópoli —le advirtió uno de los terrícolas. Los reinícolas, temiendo ser atacados también, prefirieron mantenerse callados.

— ¿Policía? Baf, no será tanto.

— ¿Y el cadáver?

—Por mil soles, alguien se encargará de sacarlo por el basurero espacial y ¡adiós para toda la eternidad! No os preocupéis, pasarán a buscarlo y si alguno de los que estáis aquí se va de la lengua, será lo último que haga en su perra vida.

Todos sabían que Klaud Orleans era muy capaz de cumplir su amenaza y le dejaron marchar con todo lo que había ganado con los dados, incluidos éstos.

Con un ascensor, bajó al hangar de cosmonaves privadas. No era difícil encontrar la hyperlight, una cosmonave de color naranja brillante, muy estilizada y de gran belleza.

Subió por la escalerilla e introdujo la placa en la ranura. La puerta se abrió automáticamente, pasó al interior de la nave y una voz femenina, con un tono ligeramente gargarizante que no le restaba sensualidad, preguntó:

—Longut, ¿eres tú?

—Diablos, si eres una reinícola...

— ¿Quién eres tú? —le preguntó Alia, una hembra de Rein, hermosa, alta y espigada, de cabellos morados y grandes ojos verdes.

—Estás para no salir de aquí en mil horas... —rezongó el hombre.

—Alto, alto —le atajó ella.

—Soy Klaud Orleans, tu propietario ahora.

—Aquí el amo es Longut.

—Era, preciosa. Mira. —Le mostró la placa en la que ahora aparecía escrito el nombre de Klaud Orleans.

— ¿Cómo es posible?

—Ha querido jugar a los dados y ha perdido.

Le mostró los dados de zafiro y ella se fijó entonces en los callares, en el guantelete y en la corona que llevaba en la mano.

— ¿Yo también soy parte del botín del juego?

— ¿Tú qué crees, preciosa?

Ella lo miró con fijeza. Al fin, se acercó y lo besó suavemente.

—Nunca he hecho el amor con un terrícola —dijo.

—Ni yo con una hija de Rein, pero no me será difícil, dicen que no hay incompatibilidades y estás de miedo, Alia, de miedo.

— ¡Quieto, Orleans! —le ordenó una voz inesperada.

Se volvieron y descubrieron a un terrícola vestido con el uniforme policial.

— ¿Qué pasa? —inquirió Klaud hosco—. Todo está en regla, la nave es mía y ella es...

—Su amante —aclaró la propia Alia, aceptando rápidamente la nueva situación.

El policía les apuntaba con un arma de singular aspecto. De pronto, pulsó el botón del gatillo y de ella no brotó nada visible, pero sí un rumor que hizo gritar a Klaud Orleans antes de caer al suelo, llevándose las manos a la cabeza.

— ¡No! —gritó Alia, retrocediendo.

El policía que cubría su rostro con la visera de vitroacero volvió a disparar y esta vez fue Alia la que cayó, llevándose también las manos a la cabeza.

—Todo bien —dijo el agente sacando un telemicroemisor de su bolsillo, sin dejar de mirar a la pareja que yacía en el suelo de la cosmonave hyperlight.

CAPITULO II

La cosmonave hyperlight tenía la ventaja de que servía para la navegación aérea, es decir, se utilizaba para entrar en la atmósfera de los planetas que la poseían y regulaba su velocidad hasta rebajarla a lo increíble.

La mayoría de las cosmonaves tenían que efectuar las tomas de contacto en los macroastropuertos orbitales, satélites artificiales que giraban en torno a sus respectivos planetas. Allí quedaban estacionadas y desde tales macroastropuertos, descendían regularmente los inter-bus llevando a los viajeros al planeta correspondiente. De esta forma se ahorraban grandes cantidades de energía y de posible contaminación radiactiva.

Llegar al planeta Tierra, para quien viajaba mucho por los espacios interestelares, constituía un especial deleite, un placer a saborear lentamente, ya que la Tierra, gracias a la rementalización de sus habitantes, se había convertido en un auténtico paraíso libre de contaminación, un planeta limpio con abundancia de verdor, floraciones y fauna salvaje.

Era como el Edén bíblico, pero controlado por la tecnología humano-terrícola con objeto de que el planeta Tierra fuera algo hermoso para todos sus hijos y no sólo para unos pocos que pudieran costearse paraísos privados.

La hyperlight entró en la atmósfera del planeta Tierra y se dirigió sin problemas al complejo de ocio instalado a orillas del mar Adriático, junto a las ruinas de antiquísimas culturas.

Klaud Orleans tuvo que dejar su cosmonave en el estacionamiento, a quince kilómetros del lugar donde se hallaban las instalaciones de descanso, ya que ningún vehículo podía alterar la paz de aquel lugar.

La recepción se hallaba en el propio estacionamiento y de allí partían unos pequeños y silenciosos atom-hover-craft pilotados por

hermosísimas azafatas vestidas con botas de media caña y falditas que dejaban ver la parte inferior de las braguitas. Casacas de color salmón y unos gorritos con visera completaban el atrayente conjunto.

— ¿Tiene usted plaza? —le preguntó el recepcionista-jefe del estacionamiento.

—Me llamo Klaud Orleans, aquí está mi tarjeta acreditativa.

Le mostró la tarjeta plástica magnetizada. La introdujeron en una ranura y aparte de encenderse varias luces que pusieron sonrisas de amabilidad en el rostro del recepcionista, salió también un número.

—Habitáculo dos cero cero dos. Un lugar inmejorable, se domina toda la bahía.

—Magnifico. Se supone que esto es para descansar los nervios cuando uno se ha pasado miles y miles de horas viajando por el espacio sideral.

—Seguro que se lo tiene bien merecido, señor Orleans.

—Pulsó varias teclas, de un teclado completísimo que tenía a su alcance y no tardó en acercarse una de aquellas maravillosas azafatas.

—Estoy lista.

—Conduzca al señor Orleans al habitáculo dos cero cero dos.

—Un sitio magnífico —opinó ella.

—Eso me ha dicho tu jefe, preciosa.

Klaud Orleans se acomodó en el pequeño atom-hover-craft y la chica se puso al volante. Poco después, se alejaba para deslizarse por el vial que se adentraba por un paraje muy hermoso de cuidada jardinería.

—Creo que me gustará este lugar —opinó él. Alargando su mano, la posó sobre uno de los muslos desnudos de la joven.

— ¿Qué hace?

—Ponerte nerviosa. Será mejor que conectes el piloto automático.

—Por favor, tengo el tiempo de viaje controlado.

—Deja que yo te controle las vibraciones.

—Es usted un sinvergüenza.

—Sí, creo que en eso estamos de acuerdo.

Apartó la mano y se dedicó a contemplar el paisaje. Ella, sin dejar de pilotar el pequeño vehículo, dijo:

—Lamento que se haya molestado.

Klaud Orleans no contestó, ni siquiera la miraba.

Llegaron a la urbanización donde se ubicaban los hábitats rodeados de árboles y plantas hermosas y bien cuidadas; todo allí era espléndido.

—Allí, a su derecha, está el gran casino y las salas de proyecciones. Abajo, el club marítimo; a la derecha, el club de golf.

—Ya me lo contarás todo luego.

Llegaron al habitáculo dos cero cero dos y la azafata se apeó para franquear la puerta.

—Está a todo confort. Puede regular la temperatura a su gusto y también la música. Posee una pantalla mural de TTV por si no desea salir. Asimismo, puede hacer apuestas a través del televideofono si lo conecta .adecuadamente.

— ¿Cuál es la temperatura que te gusta más a ti?

—Pues, veintiuno Celsius, ni más ni menos.

—Y desnuda con veintiuno, ¿no tienes frío?

—Si la humedad está a cuarenta y no hay viento, no.

Klaud Orleans fue hasta el regulador, lo puso a veintiuno y luego se acercó a la chica. La ciñó con su zurda por la cintura.

— ¿Qué haces?

—Empezar a disfrutar de este paraíso.

—Cuidado... ¿Quién se cree que soy?

—Una azafata para todo.

—No es cierto, sólo soy una...

No pudo seguir protestando, él ya le tapaba la boca con sus labios y la besaba con profundidad. La chica notó que la mano del hombre se deslizaba juguetona por debajo de la corta faldita y acariciaba la hermosa curvatura de sus nalgas. Quiso apartarse, mas él impuso su fuerza y ella acabó cediendo...

La ducha estaba ligeramente fría; sus finísimos dardos habían golpeado el nervudo cuerpo varonil que salió del baño secándose con una gran toalla.

— ¿Puedes encargar que me traigan ropa nueva? No me gusta ir de almacenes.

— ¿Que yo te traiga ropa nueva?

—Sí, supongo que hay un shop-center en este paraíso, ¿no?

—Sí, claro que lo hay.

—Pues me traes ropa íntima, ya sabes, slips, calcetines y también unas camisolas.

— ¿Me tomas por tu pareja oficial?

—En la cama no te has quejado porque te tomara como pareja hasta las últimas consecuencias.

Sonó el zumbido del televideofono, mas no se encendió la luz correspondiente a pantalla, lo que indicaba que quien le llamaba no deseaba dar su imagen.

La azafata pulsó el botón y se oyó una voz que preguntaba:

— ¿Está ahí Klaud Orleans?

—Yo mismo —gruñó el interpelado mientras la joven azafata lo acariciaba con la mirada.

Le gustaba la desnudez de Klaud, hasta tal punto que se arrodilló sobre la cama para poderlo acariciar también con las manos y los labios, pues besó los salientes de los músculos.

—Coja el auricular, es personal —le pidió una voz fuerte,

tajante.

Klaud sacó del televideofono el auricular supletorio y se lo aplicó al oído.

—Le escucho —dijo.

—Klaud, si quiere un trabajo de los que está acostumbrado a hacer, dígalo.

—Sí, claro que sí, pero ¿con quién hablo?

—Dupont.

—Ese nombre no me dices nada.

—A mí tampoco.

—Muy irónico.

—No se haga el listo. Dentro de veinticuatro horas le espero en el casino, pregunte al *maítre* por Dupont. No venga armado ni traiga artilugios para grabar, podría pesarle.

— ¿Dentro de veinticuatro horas?

—Sí, y haga lo que le digo.

Se cortó la comunicación y Klaud Orleans, pensativo, se quedó observando el auricular que acababa de quitarse del oído. La chica seguía besándole, parecía adorarle.

— ¿No te cansas?

—Contigo, creo que nunca.

—Pues, probaremos otra vez, tengo tiempo...

Veinticuatro horas más tarde, haciendo saltar el enorme brillante en su mano can ademán jactancioso, Klaud se presentó en el casino del área del ocio.

Al *maítre,* nada más ver el brillante, se le agrandaron los ojos.

— ¿Desea algo especial, caballero?

—Busco a Dupont, me está esperando.

— ¿Dupont? Ah, sí, claro. Sígame, por favor.

Klaud Orleans, haciendo saltar el brillante en su mano, lo que atrajo la atención de los hombres y mujeres que pululaban por el casino, siguió al *maítre.* Este se introdujo en un ascensor que les llevó a un corredor con luz sólo a nivel de zócalo. Caminaron por él hasta detenerse frente a una sólida puerta.

—Señor Dupont...

La puerta se abrió y aparecieron dos hombres altos y fornidos, de miradas hostiles.

—Es Klaud Orleans —dijo el *maítre.*

Los dos guardaespaldas se hicieron a un lado. Klaud Orleans pasó entre medio de ellos y la puerta se cerró a su espalda; se hallaban en una especie de pequeño vestíbulo.

—Adentro te esperan.

—No llevo armas.

— ¿Y grabadora? —le preguntaron, mirando su reloj.

—No, no llevo.

Le franquearon la puerta y Klaud se vio ante una mesa en forma de herradura. Sobre ella, seis pantallas de TTV de treinta pulgadas cada una.

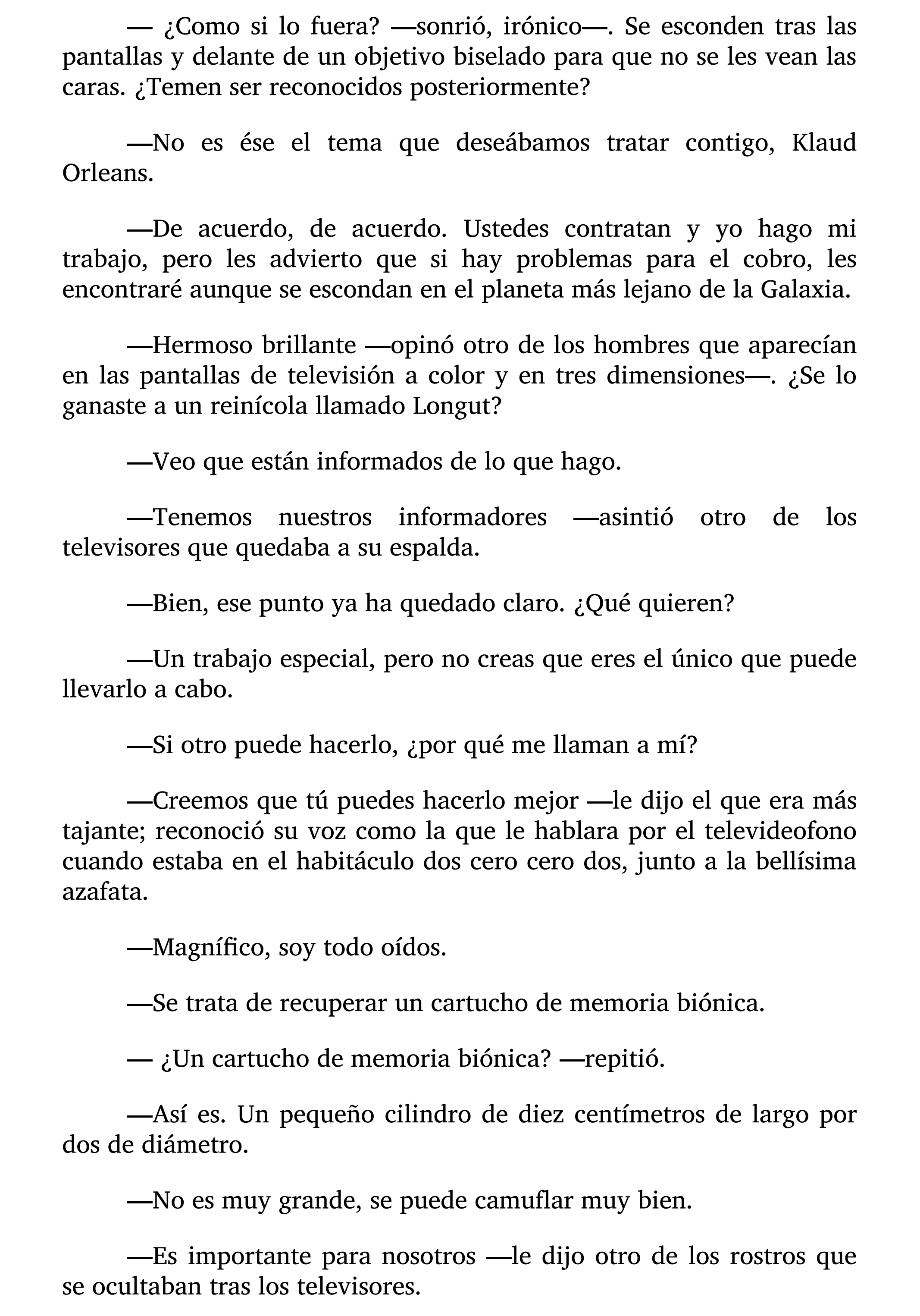
Klaud se centró frente a la mesa y los dos tipos recios cerraron la puerta, dejándolo solo.

Casi de inmediato, se encendieron las pantallas y aparecieron las siluetas de seis hombres, seis rostros borrosos. Klaud supuso que en cada uno de los objetivos que enviaban aquellas imágenes de personas habían colocado filtros biselados para que las caras resultaran irreconocibles.

—Bien venido a la cita, Klaud Orleans —le saludó uno de aquellos rostros.

—Creí que sería una cita personal —respondió Klaud, en cierto modo molesto.

—Como si lo fuera.



— ¿Como si lo fuera? —sonrió, irónico—. Se esconden tras las pantallas y delante de un objetivo biselado para que no se les vean las caras. ¿Temen ser reconocidos posteriormente?

—No es ése el tema que deseábamos tratar contigo, Klaud Orleans.

—De acuerdo, de acuerdo. Ustedes contratan y yo hago mi trabajo, pero les advierto que si hay problemas para el cobro, les encontraré aunque se escondan en el planeta más lejano de la Galaxia.

—Hermoso brillante —opinó otro de los hombres que aparecían en las pantallas de televisión a color y en tres dimensiones—. ¿Se lo ganaste a un reinícola llamado Longut?

—Veo que están informados de lo que hago.

—Tenemos nuestros informadores —asintió otro de los televisores que quedaba a su espalda.

—Bien, ese punto ya ha quedado claro. ¿Qué quieren?

—Un trabajo especial, pero no creas que eres el único que puede llevarlo a cabo.

—Si otro puede hacerlo, ¿por qué me llaman a mí?

—Creemos que tú puedes hacerlo mejor —le dijo el que era más tajante; reconoció su voz como la que le hablara por el televideofono cuando estaba en el habitáculo dos cero cero dos, junto a la bellísima azafata.

—Magnífico, soy todo oídos.

—Se trata de recuperar un cartucho de memoria biónica.

— ¿Un cartucho de memoria biónica? —repitió.

—Así es. Un pequeño cilindro de diez centímetros de largo por dos de diámetro.

—No es muy grande, se puede camuflar muy bien.

—Es importante para nosotros —le dijo otro de los rostros que se ocultaban tras los televisores.

—Veamos, he de recuperar un cartucho de memoria biónica...

¿Y cuánto pagan por ello?

—Cincuenta mil soles —le respondieron.

—Eso es una miseria, sólo poner una hyperlight en marcha ya lo vale.

Alguien le puntualizó:

—La hyperlight que tienes la ganaste a los dados.

— ¿También se lo han contado sus informadores? —Sin darles tiempo a decir nada más, concretó—: Doscientos mil soles y comenzaremos a hablar.

Se produjo un profundo silencio entre los televisores tridimensionales. Klaud Orleans comprendió que había pedido una cantidad muy elevada, quizás demasiado, pero al fin se rompió el silencio.

—De acuerdo, pero ni un sol más y los gastos, por tu cuenta.

—Bien. Ya hemos hablado de precio, ahora quiero datos.

—Ese cartucho de memoria biónica ha sido robado de una computadora selectiva.

—Lo supongo. ¿Qué más?

—Se lo ha llevado una mujer —dijo otra voz.

—Conque una mujer, ¿eh? ¿Y está bien?; me refiero de cuerpo.

De debajo de uno de los televisores comenzó a brotar una hoja que no parecía tener fin. En ella había datos escritos y fotografías holográficas.

Klaud Orleans silbó de admiración al ver en monotanga a la chica en cuestión, una rubia alta y esbelta, de largos cabellos, una mujer que no debía tener más grasa que la absolutamente necesaria.

—Vaya monumento… ¿Es Miss Universo?

—Silvana Goethe, eficiente tecnoprogramadora de computadoras selectivas.

— ¿Una chica que no ha sido de fiar?

—Con abuso de confianza, ha robado el cartucho de memoria biónica —le dijo uno de los hombres que se ocultaban tras las pantallas de los televisores y que se hallaban en un lugar distinto al que Klaud Orleans podía verlos.

— ¿Por cuánto puede vender la chica ese cartucho?

—Nada. Si intentara venderlo, no le darían nada —dijo otra de las voces—. En sí mismo, carece de valor. Nadie puede descifrar los datos que contiene el cartucho en su memoria biónica, sólo puede hacerlo nuestra propia computadora selectiva.

—Entonces, ¿lo han robado para chantajearles?

—Exactamente.

— ¿Y cuánto les ha pedido?

El que tenía la voz más tajante, replicó:

—Nada aún. Ahora, lo que hace la chica es esconderse. Suponemos que la extorsión se llevará a cabo cuando ella se sienta más segura, pero tú te adelantarás y recuperarás el cartucho si quieres ganar los doscientos mil soles.

—Debe ser muy valioso ese cartucho para que ustedes paguen tanto y si ella ha arriesgado la piel es que sabe lo que puede pedirles, quizá un millón o dos.

—No hagas especulaciones, Orleans. Cuando hayas recuperado el cartucho, ejecutas a la chica, no antes; hay que asegurarse.

— ¿Ejecutarla? Parece una barbaridad destruir algo tan bonito. ¿Es imprescindible?

—Sabemos que para ti una ejecución no tiene ninguna importancia.

—Bien. ¿Puedo divertirme con ella antes de la ejecución?

—Es tu problema.

—Lo decía por si alguien podía molestarse...

—Nadie se molestará porque la chica reciba su merecido.

—Caramba, ni que gozar conmigo fuera una tortura —rezongó

Klaud Orleans.

—Bien. ¿Aceptas el trabajo?

— ¿Cuánto cobraré por la ejecución? Eso es aparte.

—Veinte mil.

— ¿Tan poco vale la vida de esa mujer?

—Lo que vale es el cartucho. La ejecución de la chica es una lección que se merece.

—Como quieran. ¿Necesitan una prueba de la ejecución?

—Enviarás su cabeza congelada a este casino.

—Un poco macabro, pero si éste es su gusto… —Se encogió de hombros—. ¿Por dónde empiezo a buscarla?

—Sabemos que partió en una cosmonave hacia el Free Planet, pero de allí puede saltar a otros planetas, incluso al planeta Rein.

—De modo que he de comenzar buscando por el Free Planet…

—Eso es. Allí, en el Free Planet, busca a Gibon y te ayudará.

— ¿Cómo?

—Te proporcionará los datos que le pidas, tiene muchos contactos.

—Para empezar es una buena pista, pero no pienso moverme de aquí hasta que reciba la mitad del pago. He de comprar víveres para la travesía espacial, combustible para mi cosmonave hyperlight, etcétera.

Al hablar, Klaud Orleans hacía saltar el brillante en la palma de su mano, un brillante que, por poca luz que recibiera, centelleaba. Luego, quedó a la espera de la respuesta.

CAPITULO III

Llegar al Free Planet no era fácil.

Se hallaba en el sistema estelar de Gunnis, estrella sol de gran magnitud.

Free Planet era un poco el eje de las diferentes civilizaciones planetarias que habían conseguido ponerse en contacto entre sí debido a su nivel tecnológico. Por ello, en el Free Planet podían encontrarse individuos de distintas especies.

Allí no regían las leyes de las distintas civilizaciones; no obstante, existía una ley muy básica (constaba sólo de cuarenta y nueve puntos) redactada por sus pioneros.

La unión de financieros y propietarios de minas, almacenes, casinos, etcétera, costeaba un cuerpo de policía que se atenía a las leyes vigentes que por ser muy ambiguas, interpretaban a su manera. Solían actuar con una dureza manifiesta, lo que les hacía muy de temer.

En realidad, aquella policía se dedicaba a defender las propiedades de quienes les pagaban y si se producían otra clase de robos o asesinatos, actuaban según su criterio, salvo que uno o varios de los que figuraban en la lista de pagadores de sus salarios dijeran lo contrario e insistieran en que se esclareciera el asunto.

Por la peligrosidad que solía haber en la metrópoli, capital de Free Planet y también en el resto de sus bosques, páramos u océanos, los viajes turísticos escaseaban y se recomendaba a los viajeros que fuesen en grupos.

En el Free Planet, lodo o casi torio estaba permitido siempre que no afectase a la colectividad de patronos y propietarios. Allí se podía vivir al margen de la ley. Era normal ver a hombres y mujeres de las

distintas especies con sus armas a cuestas.

Klaud Orleans arribó al Free Planet con su lujosa y deportiva cosmonave hyperlight. Debía andarse con cuidado y no mostrar excesivamente el brillante ganado a los dados al reinícola Longut, pues sería provocar la codicia de los indeseables.

Cualquier viajero que arribaba al Free Planet, lo primero que admiraba eran las cuatro hermosas lunas que poseía. Dos de ellas eran blancas, otra roja y la cuarta, azul, pues poseía atmósfera propia.

Free Planet tenía sus atractivos, una ferocidad de flora y fauna, arrolladora en un casi setenta por ciento de su superficie, ya que sus casquetes polares estaban muy poco pronunciados y las temperaturas no era rígidas. Era un planeta que ofrecía muchas posibilidades de aventuras.

Gibon se hallaba en el centro de la metrópoli, junto al estadio deportivo.

Gibon era un robot metido dentro de una especie de tenderete de información. Tenía aspecto humanoide pero sin piernas, pues estaba acoplado en el centro de una mesa circular.

Gibon giraba sobre sí mismo como un eje y encendía y apagaba luces de su cuerpo, más por atracción que por significar algo en sí mismo.

A Klaud Orleans siempre le habían parecido estúpidos aquellos robots parlantes, si es que se podía catalogar como estúpidas a unas máquinas parlantes que poseían una memoria electrobiónica artificial.

Se enfrentó al robot el cual se encaró con él mirándole con sus ojos artificiales. Su voz de bocina preguntó:

— ¿Desea algo?, ¿desea algo?, ¿desea algo?

—Busco a una terrícola alta y rubia llamada Silvana Goethe.

—Datos recibidos, datos recibidos.

—Quiero respuestas, muñeco.

—Consultaré extensiones, consultaré extensiones.

— ¿Y cuánto tardarán esas consultas?

—Veinticuatro horas terrestres, veinticuatro horas terrestres.

—Necesito la respuesta antes, tengo prisa.

El robot giró primero a derecha y luego a izquierda, como buscando más ciudadanos a quienes atender con su terminal informativa.

—Negativo, negativo.

— ¡Condenado muñeco!

—Negativo, negativo.

Klaud Orleans comprendió que no tenía otro remedio que someterse, aunque podía ganar tiempo investigando por su cuenta. Sin embargo, la metrópoli era demasiado grande para ir de hotel en hotel haciendo preguntas, máxime en un planetas donde las preguntas no eran bien acogidas, pues muchos habían llegado allí huyendo de la ley y la justicia de sus respectivos planetas.

Se introdujo en el estacionamiento de un lujoso hotel desde el cual se dominaba el estuario que desembocaba en el océano Verde, llamado así por la abundante cantidad de algas que cubrían gran parte de su superficie.

Pidió una habitación, se duchó y volvió a salir, había estado meditando hasta llegar a una conclusión.

Montó en el pequeño atom-hover-craft, alquilado y se adentró en el barrio más peligroso de la urbe, allí donde se hacinaban los aventureros que iban perdiendo su poder económico.

Cualquier cosa podía ocurrir en aquel maldito barrio que se extendía al sur del estuario, alargándose por encima de una playa donde algunos dormían dentro de burbujas de plástico compradas por diez soles o poco más.

La miseria había llegado hasta ellos hundiendo las garras en sus carnes. La prostitución, la drogadicción, se enseñoreaban de aquel lugar donde la policía mercenaria no se adentraba salvo que buscara a alguien en concreto; para ello tenía sus contactos, sus soplones que les informaban adecuadamente.

El monofaro del atom-hover-craft iluminó aquellos cuerpos huidizos, aquellos rostros que no eran de fiar. Formaban pandillas, lo

que les hacía aún más peligrosos y los había de las más distintas especies.

Se estacionó ente una cantina en la que había mucha gente y penetró en el establecimiento. De su cinto colgaba su pistola electroflamígera, lo que le daba cierta seguridad.

Se acercó al mostrador y al mozo, un terrícola muy alto, le preguntó:

— ¿Dónde está Herbert?

—Hola, Klaud —le saludó el mozo—. Herbert está detrás de aquella cortina.

Klaud Orleans se acercó a la cortina tras la cual se jugaba una partida de naipes. Herbert era uno de los jugadores, le reconoció de inmediato.

—Hola, Klaud. ¿De turista o de profesional?

Klaud sabía muy bien lo que quería decir «profesional»; él era un profesional de los servicios al mejor postor, un ejecutor.

—Tengo un par de dudas, Herbert.

El tal Herbert sonrió; era un terrícola obeso, tan obeso que su cabeza parecía una pelota encima de otra gigante que era el cuerpo.

— ¿Tengo yo que responderlas?

—Si te sirven cien soles...

Herbert carraspeó.

—No será nada con la policía, ¿verdad?

—No, es un asunto particular.

Los demás jugadores gruñeron por lo bajo pero no dijeron nada.

—Un momento, se me ha secado la garganta y voy a refrescarla: que nadie toque mi silla, en seguida vuelvo.

Cuando llegaron a un lado del mostrador, el tal Herbert fue el primero en hablar.

— ¿Qué es lo que deseas preguntar?

— ¿Quién manipula a Gibon?

— ¿Gibon?

—Sí, ese robot informador urbano.

—Ah, claro. Pues una central de datos. Gibon no es más que una terminal a disposición del que introduzca un sol en la ranura.

Klaud Orleans recordó haber introducido su moneda y la escasa respuesta ofrecida por el robot.

— ¿Quién controla la central?

Herbert volvió a carraspear.

— ¿De veras no lo sabes?

—Si lo supiera, ¿crees que te lo preguntaría? Sé perfectamente que aquí todo funciona con compañías privadas. Gibon da información, pero sólo una determinada información. Supongo que la central de datos tiene una memoria muchísimo más grande.

—Por supuesto que sí. Toda la información que se produce, los que llegan a los hoteles, los que se marchan, piden tarjetas de crédito en los Bancos, los que venden o compran, todo está embutido en esa central que pertenece a una compañía anónima, como todo, claro.

Sonrió, cambió su mirada de Klaud al mozo y con un gesto de sus dedos le llamó la atención.

— ¡Una cerveza polilupulada!

El mozo asintió con la cabeza y al poco le servía una jarra que contenía un espumoso líquido marrón poco transparente.

—Si no paras de beber, seguirás sudando y engordando hasta que alguien te pinche con un alfiler y explotes.

—Je, je, siempre me he dicho que de qué me sirve llegar a viejo si luego no sirvo ni para tomar un trago.

—Tu cuerpo es tuyo y ahora, ¿quién es en realidad el propietario de Gibon?

—Mentles.

— ¿Mentles, estás seguro, no es un reinícola?

—Sí, lo es, y muy listo. El casino Galáctico es suyo, el más lujoso y caro del Free Planet, claro que necesita cobrar precios muy altos para poder pagar a sus matones.

— ¿Crees que Mentles controla todos los datos que proporciona Gibon, ese robot parlante?

—Sí, creo que a Mentles no se le escapa nada. Es sumamente listo, aunque he oído rumores de que últimamente las cosas no le van demasiado bien.

— ¿Problemas?

—Digamos que competencia. Han surgido otros casinos que se le llevan los clientes. El casino Galáctico es seguro, pero demasiado caro para los que ven como se vacían sus bolsas de soles.

—Gracias, Herbert, aquí tienes tus cien soles.

—Para servirte siempre, Klaud; aunque, la verdad... —comentó, mirándole por encima de la jarra de cerveza polilupulada— te noto un poco raro.

— ¿Raro?

—Sí, como algo distinto, no sé cómo decirlo.

— ¿Cuántas jarras como ésta te has bebido ya esta noche?

—Je, je, si me la pagas tú, me tomaré otra...

— ¡Mozo!

— ¿Sí?

—Otra jarra de cerveza polilupulada para Herbert.

Klaud abandonó la cantina. Cuando se dirigía a su vehículo, lo vio rodeado por una pandilla de seis jóvenes reinícolas cuyo aspecto era poco de fiar y su actitud resultaba francamente agresiva.

— ¿Es tuyo este cacharro? —preguntó uno de ellos.

—Es un modelo viejo —gruñó otro, y le dio un puntapié.

Un tercero se rió.

—Es un cacharro alquilado.

— ¡Ya se nota! —se mofaron.

—Si le pasa algo, pagará el seguro, a mí me importa un rábano lo que cueste la reparación, pero me molesta que os metáis con él mientras lo lleve yo, de modo que largo todos.

—Vaya con el terrícola —dijo uno de ellos con su particular voz gargarizante, con los ojos muy oblicuos en vertical.

— ¡Nos amenaza! —exclamó otro.

Su mano fue hacia la pistola; el gesto no pasó desapercibido para los delincuentes de aquella metrópoli sin ley que se le lanzaron encima. Estaban tan cerca que Klaud Orleans no tuvo tiempo de empuñar su arma.

Klaud recibió dos golpes, mas pudo dar media vuelta y propinar un taconazo a uno de ellos al tiempo que se dejaba caer al suelo. Los pandilleros trataron de aplastarle la cabeza y las manos.

La intención asesina de aquellos jóvenes reinícolas era obvia y sus posibilidades de reaccionar contra ellos, muy escasas. No obstante, logró empuñar su arma y disparar el rayo electro—flamígero, controlado a su más baja potencia.

Los impactos tumbaron a los jóvenes. Tres de ellos cayeron con los nervios paralizados por el shock traumático causado por el rayo electro-flamígero. Los tres restantes, al ver caer a sus compañeros, escaparon a toda prisa, cobardemente.

Klaud Orleans resopló al ponerse en pie. Miró a los caídos que sufrían violentos espasmos pero que no habían perdido sus vidas, pues si permanecían en cama un par de millares de horas se recuperarían por completo.

Los dejó donde estaban y montó en su vehículo sin dejar de empuñar su arma por si volvía a tener otro de aquellos desagradables encuentros.

Abandonó aquel barrio recorriendo las complicadísimas calles,

taladrándolas con su potente monofaro. Nadie se había preocupado de trazar unas líneas de simple urbanización y los inmuebles habían crecido sin orden ni concierto.

Aquella misma noche se acercó al casino Galáctico. Ya en el estacionamiento y antes de abandonar su vehículo, se puso los collares que perdiera a los dados el reinícola Longut.

Sabía que entre los reinícolas la exhibición de joyas era frecuente y muy bien aceptada. Eran jactanciosos y arrogantes, menos pragmáticos que los terrícolas y llegaban a creer que con aquellas joyas encima, eran superiores a los terrícolas.

Los jardines que rodeaban el casino Galáctico ya estaban controlados por los vigilantes. En las escalinatas de acceso a la entrada principal también había cuatro vigilantes que cuando vieron acercarse a Klaud Orleans haciendo saltar en su mano el descomunal brillante, grande como un huevo de gallina, le sonrieron sin interferir para nada a su paso.

Klaud Orleans se internó por los amplios salones del casino.

Allí había toda clase de juegos. Un ser humano, fuera del planeta que fuese, podía arruinarse en una sola noche. No había demasiado público, pero los que allí concurrían hacían ostentación en su mayor parte.

Deambuló por los salones sabiendo que era enfocado por las telecámaras del departamento de seguridad que controlaban hasta el último rincón del gran casino.

—Buenas noches, caballero.

Klaud se volvió. La terrícola era muy hermosa. Sonreía abiertamente y, obsequiosa, mostraba la mayor parte de su busto, duro y redondeado.

- Hola, preciosa.

—Si desea comprar fichas...

—No, gracias, me han dicho que también se puede jugar directamente con monedas.

—Sí, se puede, pero es más cómodo para todos hacerlo con fichas.

— ¿Cuántas fichas crees que pueden darme por este huevo?

- ¡Uuuuh! —exclamó ella al mirar de cerca la piedra preciosa.

— ¿Cuántas?

—No sé, no soy experta en brillantes.

— ¿Y en huevos?

— ¿Qué dice?

—Mira, de momento quiero divertirme un poco. Ando algo tristón, llevo haciendo viajes muy largos por entre los planetas y estoy un poco aburrido.

— ¿Y quieres que yo te divierta?

— ¿Por qué no? He oído comentar que aquí hay servicios completos.

—Verás, yo soy azafata de sala de juego y...

—Vamos, vamos.

Se quitó uno de los collares de oro con medallón en el que iban engarzadas piedras preciosas y se lo puso por la cabeza a la espléndida chica de cabello castaño dorado.

Tomó entre los dedos aquella especie de medallón que era como una moneda de unos diez centímetros de diámetro y cuyo peso la joven notó sobre su piel, y la colocó justo entre los pechos, cubriendo parte de la ranura de separación.

—Te cae bien.

Ella sonrió y sus ojos, de un azul intenso, semejaron cobrar algo de fiebre.

Cogió a Klaud por el brazo y se lo llevó hacia unas escaleras ascendientes. Nadie les puso impedimentos.

Llegaron a un piso donde se abrían muchas puertas.

—Eres un tipo muy varonil, deja que te bese —pidió ella, nada más hallarse a solas.

Klaud comprobó con sus manos que el talle femenino era estrecho. Gozó del beso y con el contacto del cuerpo de aquella desconocida. Luego, la apartó de sí y mirándola a los ojos, como diciéndole que no mentía, silabeó:

—Voy a desintegrar el casino.

Ella sonrió, le había parecido una broma; mas él continuó serio frente a ella, sin ni siquiera parpadear, y la sonrisa fue borrándose del rostro de la bella azafata.

—Eso es un chiste, ¿verdad?

—Todo, absolutamente todo es posible en el Free Planet.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Claro que no desintegraré el casino con el misil que apunta aquí desde mi nave si tú me llevas a presencia de Mentles.

— ¿Mentles?

—Sí, tu amo. Tú eres ganado suyo, una de sus gatitas.

—Es que yo, yo no estoy autorizada...

—Sí, ya sé que los tipos como Mentles se protegen mucho. Ser muy rico y vivir en la metrópoli del Free Planet es difícil. Se corre el riesgo de ser asesinado o, cuando menos, secuestrado. Un buen rescate siempre puede enriquecer al que ha tenido mala suerte buscando minerales por los planetas.

— ¿Tú eres un secuestrador?

—No, que va. En cierto modo, a Mentles le gustará recibir mi visita. ¿Crees que soy un desgraciado poseyendo un brillante como éste, estos collares o mi cosmonave hyperlight?

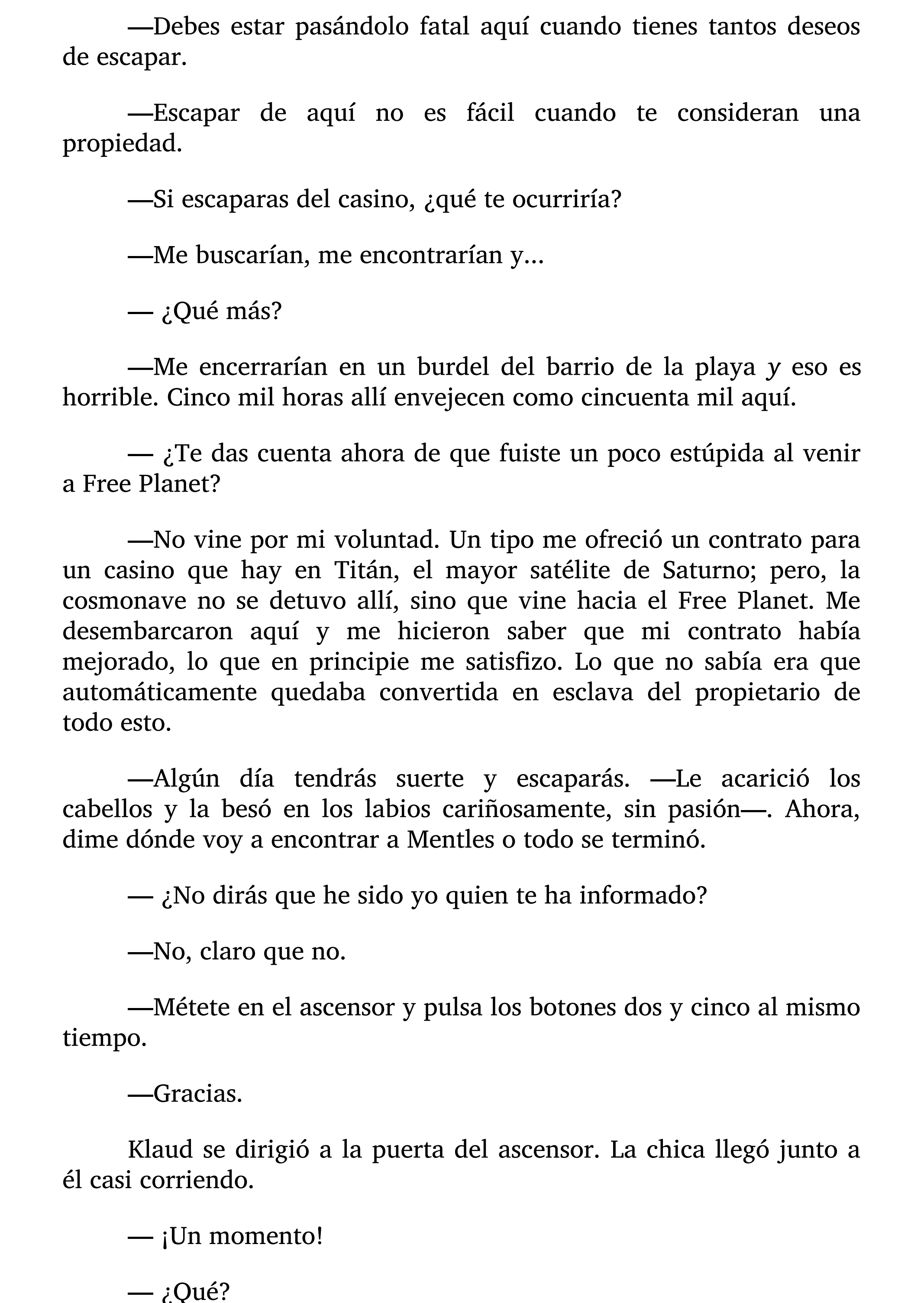
— ¿Tienes una hyperlight?

—Ajá —asintió.

—Si me sacas del Free Planet, te digo lo que quieras y...

—Y haces todo lo que yo te pida. ¿No es eso?

—Sí, sin limitaciones.



—Debes estar pasándolo fatal aquí cuando tienes tantos deseos de escapar.

—Escapar de aquí no es fácil cuando te consideran una propiedad.

—Si escaparas del casino, ¿qué te ocurriría?

—Me buscarían, me encontrarían y...

— ¿Qué más?

—Me encerrarían en un burdel del barrio de la playa *y* eso es horrible. Cinco mil horas allí envejecen como cincuenta mil aquí.

— ¿Te das cuenta ahora de que fuiste un poco estúpida al venir a Free Planet?

—No vine por mi voluntad. Un tipo me ofreció un contrato para un casino que hay en Titán, el mayor satélite de Saturno; pero, la cosmonave no se detuvo allí, sino que vine hacia el Free Planet. Me desembarcaron aquí y me hicieron saber que mi contrato había mejorado, lo que en principie me satisfizo. Lo que no sabía era que automáticamente quedaba convertida en esclava del propietario de todo esto.

—Algún día tendrás suerte y escaparás. —Le acarició los cabellos y la besó en los labios cariñosamente, sin pasión—. Ahora, dime dónde voy a encontrar a Mentles o todo se terminó.

— ¿No dirás que he sido yo quien te ha informado?

—No, claro que no.

—Métete en el ascensor y pulsa los botones dos y cinco al mismo tiempo.

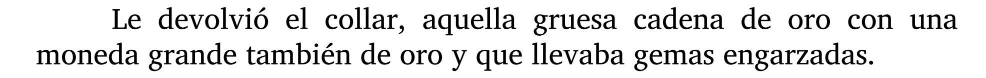
—Gracias.

Klaud se dirigió a la puerta del ascensor. La chica llegó junto a él casi corriendo.

— ¡Un momento!

— ¿Qué?

—Toma, no lo quiero.


Le devolvió el collar, aquella gruesa cadena de oro con una moneda grande también de oro y que llevaba gemas engarzadas.

— ¿Por qué?

—No quiero que crean que me has comprado la información.

— ¿Miedo a las represalias?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me has dicho cómo encontrar a Mentles?

—No lo sé, quizás porque me gustas. Tienes unos ojos que me parecen de fiar; sin embargo, te ves muy duro, me das miedo.

Volvió a besarle para luego alejarse de él, como si el hombre fuera un explosivo capaz de detonar en cualquier momento.

Ya en el ascensor, pulsó los botones dos y cinco al mismo tiempo, tal como le indicaran. La cabina, en vez de subir, descendió, Klaud no supo cuántas plantas.

La puerta era ciega, carecía de ventanita a través de la cual poder ver.

La cabina se detuvo, empujó y salió, encontrándose frente a una sala circular en la que se abrían varias puertas. Había dos hombres, uno de ellos era reinícola y el otro, terrícola. Ambos iban uniformados y portaban armas.

— ¿Adónde va?

—Voy a ver a Mentles, me está esperando.

Los dos vigilantes, uniformados y armados, se miraron entre sí.

El terrícola inquirió:

— ¿Cómo se llama?

—Klaud Orleans y tengo prisa.

Debieron teclear su nombre en el teclado que había en la mesa. Aguardaron y al fin se encendió una luz verde. El vigilante terrícola se ajustó sus correajes y le pidió:

—Sígame.

—Un momento, puede ir armado —atajó su compañero.

—He dejado mi pistola en el «carro». No tengo ganas de pelea ni de que me pongan las manos encima. Me coge ictericia si alguien lo hace y la forma de curarme de inmediato es moviendo los puños.

El reinícola miró a su compañero y éste le hizo un gesto como indicándole que él se encargaría del asunto.

Klaud Orleans siguió al vigilante por una de las puertas y pasó a un antedespacho en el que había tres secretarias tecleando.

Tuvo la intuición que allí, en los sótanos del casino, era donde se recopilaba toda la información referente a personas y sociedades que llegaran al Free Planet.

Era obvio que Mentles debía ser un tipo tan ambicioso como peligroso.

CAPITULO IV

Mentles se guarecía en su despacho, una sala circular rodeada de acuarios. Casi toda la pared era de cristal y tras ella vivían peces oriundos del planeta Rein, una auténtica maravilla de colores y suaves movimientos.

En el centro de la estancia, una mesa giratoria Con una pantalla múltiple. En ella, lo mismo podía ser reflejada una imagen que seis distintas, procedentes de circuitos también diferentes.

Mentles era un ser alto, con los ojos muy oblicuos en vertical y un pelo excesivamente rojizo. Su iris también resultaba estrecho y vertical, casi parecían dos signos de admiración. Klaud Orleans no había visto nunca a ningún reinícola que se diferenciara tanto del aspecto normal de un terrícola como ocurría con Mentles.

— ¿Qué quieres, terrícola?

—Soy Klaud Orleans —le respondió tajante, sin dejarse amilanar.

—Lo sé; ¿por qué has llegado hasta mí? —inquirió con su voz gargarizante, sin quitarle los ojos de encima.

—Busco información.

— ¿Se la has pedido a Gibon?

—Sí, pero ese robot no me cae bien. La información que yo pido no es la que dan por meter una moneda de un sol en la ranura.

—No era necesario que vinieras a verme.

—Los que me contrataron para cierto trabajo, me dijeron que tú me ayudarías.

— ¿Yo, o que te respondería Gibon?

—No vayas a decirme que no eres un tentáculo más de los que me han enviado hasta aquí.

—Eso no te incumbe, Klaud Orleans.

—Quiero saberlo todo.

— ¿Sobre qué?

—Sobre la terrícola que llegó al Free Planet. Te supongo enterado; de lo contrario, tu robot urbano de información a sol por respuesta, no me hubiera dicho que volviera al cabo de veinticuatro horas.

— ¿Qué pasa con esa terrícola?

—Eso no es asunto tuyo, Mentles. Si no me das la información que busco, me quejaré a los que me pagan por venir aquí.

Mentles le miró muy fijo, como tratando de adivinar lo que el terrícola ocultaba dentro de su cerebro. Luego, se levantó de la mesa y le dio la espalda para acercarse a las paredes de cristal y seguir las elegantes evoluciones de aquellos peces llenos de velos y apéndices táctiles.

—No tienes por qué molestarte, te hubiera dado la información lo mismo. No te he engañado, ¿no es cierto?

—Así es.

—Una mujer terrícola llega a Free Planet y tras ella envían a Klaud Orleans que todos sabemos es un sicario espacial, un verdugo a sueldo de quien le pague.

—Soy un ejecutor. ¿No te parece una palabra más adecuada?

—Llámalo como quieras. ¿Has venido a ejecutar a la hembra terrícola?

— ¿Y si así fuera?

—Supongo que la hembra terrícola ha hecho algo feo, una traición, un espionaje o quizás ha robado algo.

— ¿No te lo han contado tus amigos?

—No, no sabía nada. Sólo me enviaron un mensaje cifrado indicando que si llegaba un terrícola llamado Klaud Orleans le facilitara la información que me pidiera.

—Al parecer, la chica se ha portado mal.

—Pues debe haberse portado muy mal para que contraten al sicario espacial más caro que existe en la Galaxia.

—Tengo que encontrarla antes de que pase mucho tiempo.

—Si está en el Free Planet, es muy posible que no tenga oportunidad de escapar. Si se acercara una cosmonave, yo lo sabría de inmediato, tengo mucha información del aeropuerto.

—Información que te costará cara, ¿no es así?

—Obtener información siempre resulta caro, hay que pagar a quienes la facilitan.

— ¿Qué piensas hacer cuando tengas tu computador lleno de información?

—No sé; quizás intente controlar este planeta sin ley, aunque eso es difícil, muy difícil. También hay que tener en cuenta que mucha de la información pierde valor cuando ha llegado a las cien horas de su obtención.

—Sin embargo, tú la introduces en tu computador.

—Estás desviando la atención de la hembra terrícola a mis actividades privadas y no creo que deban importarte.

—De acuerdo, no me importan. Tengo prisa y quiero información. A medida que pasen las horas, la hembra terrícola puede hacerse más y más peligrosa.

— ¿Por qué?

—No lo sé, es lo que me han dicho.

— ¿Y será suficiente con que la asesines? Oh, perdón, quise .decir «la ejecutes».

—Su muerte no es lo más importante.

— ¿Qué es lo más importante, entonces?

—Cuando haya terminado el trabajo, se lo preguntas a tus amigos.

—Está bien, está bien —aceptó Mentles pacificador, viendo que no había forma de sonsacar al terrícola—. ¿Qué es lo que quieres saber, en realidad?

— ¿Dónde está Silvana Goethe?

— ¿Descendiente del poeta germano, acaso?

—Lo ignoro.

—He leído sus poesías, son buenas pero en Rein tenemos poetas mucho mejores. Por cierto, ¿de dónde has sacado el brillante que exhibías en el casino?

—Lo gané a los dados.

— ¿Puedo verlo?

—Sí, ¿por qué no?

Sacó el brillante de su bolsillo y lo pasó a los dedos del reinícola. Este, pulsando un botón, hizo que se encendiera una luz focal en el, fecho y examinó el brillante a contraluz.

—Magnífico, seguro que procede de mi planeta.

—Es posible.

— ¿Me lo vendes?

—No.

—Veinte mil soles.

—No.

—Cincuenta mil soles.

—No.

— ¿Por qué te empeñas en no venderlo? Tú eres un hombre práctico.

—También me gustan las cosas bellas como a ti, Mentles, que te rodeas de lujo y de confort. Ese brillante lo gané a los dados y sólo me desprenderé de él jugando.

— ¿Jugando? Ah, eso está bien. ¿Contra cuánto lo apuestas?

—Contra una mujer.

— ¿Silvana Goethe?

—No.

— ¿Quién, entonces?

—Una chica que deambula por ahí.

— ¿Te gusta tanto que eres capaz de correr el riesgo de perder el brillante?

—Me gusta, es cierto, pero también me gusta Silvana Goethe.

— ¿Por qué la quieres entonces?

—Los terrícolas cometemos muchas idioteces que no tienen explicación lógica aunque vosotros, los reinícolas, creáis que somos totalmente prácticos.

—Está bien, no haré más preguntas. ¿Cómo nos la jugamos?

—Un momento, antes quiero información sobre la terrícola que busco. Quiero saber cuándo llegó y en qué hotel se hospeda.

Mentles pulsó varios botones de su mesa, y aguardó y al fin obtuvo respuestas escritas de su terminal de datos.

—Hotel Orion.

— ¿Dónde está ubicado?

—En la metrópoli, al norte del estuario, hay que cruzar la desembocadura. Es un hotel de tercera categoría, la hembra terrícola ha llegado con poco dinero.

—Sí, ya sabía que venía con poco dinero.

— ¿No será que lleva consigo algo que desea vender a quien le pague?

—Es una posibilidad. ¿Qué más sabes de Silvana Goethe y del hotel Orion?

—Pues que abandonó ese hotel.

— ¿Y adonde ha ido?

—Desapareció.

— ¿Se la ha tragado la tierra, es decir, el suelo del Free Planet?

—En este planeta sin ley, cualquier cosa es posible.

— ¿Seguro que no hay posibilidades de saber nada más?

—Yo no sé nada más. Mis informes son de que estuvo en el hotel Orion y luego se marchó. Free Planet es muy grande; selvas, océanos, desiertos, incluso tiene cuatri lunas, aunque si hubiera ido a una de esas lunas, la habríamos detectado. Y ahora, ¿qué te parece si nos jugamos el brillante contra Carrie?

— ¿Se llama Carrie esa terrícola del casino?

—Sí, ¿no lo sabías?

—No.

— ¿Y sin siquiera saber su nombre arriesgas tanto? —Antes de obtener una respuesta de su interlocutor, Mentles rezongó—: Nunca acabaré de entender a los terrícolas.

—Podemos jugar arriba, en la sala de juego.

— ¿A qué, a dados?

—Me da lo mismo, pero a lo que sea, a una sola tirada o a una sola baza, tengo prisa.

—Bien, bien, lo haremos a la ruleta clásica.

—Me parece bien, aunque preferiría algo donde no pudiera intervenir la tecnología.

— ¿No te fías?

— ¿Se me nota?

—Eres un cínico, terrícola. Lo haremos pues a una tirada de dados.

Seguidos de cerca por los vigilantes, se dirigieron a la sala grande del casino. Rápidamente, habilitaron una mesa larga de dados para ellos.

— ¡Carrie! —llamó Klaud Orleans al verla.

La muchacha se sonrojó y tragó saliva. Tenía miedo, su sofoco no era de vergüenza sino de auténtico miedo.

—Acércate —ordenó el propio Mentles, mirándola.

Carrie obedeció. Klaud fue hasta ella y le dijo:

—No temas. Ponte en el extremo de la mesa y sostén esto.

— ¿El huevo?

—Sí, el brillante.

—Unos dados —exigió Mentles.

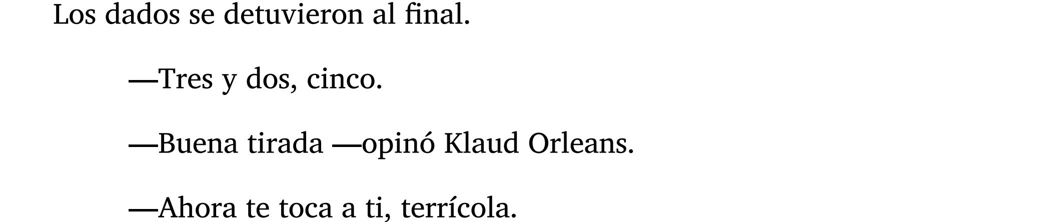
La partida tenía mucha importancia y eso se captó en el ambiente del casino, por lo que se acercaron más y más curiosos a ver lo que sucedía.

Carrie no entendía nada. Vio como los dados botaban en las manos de Mentles, era dados tallados en una madera blanda oriunda del planeta Rein, una madera que pesaba casi el doble que el agua, lo que la convertía en una madera no flotable.

—El que saque el punto más bajo, gana —propuso Mentles.

—De acuerdo, tira tú primero.

Mentles hizo saltar los dados por encima del largo tapiz verde.



Los dados se detuvieron al final.

—Tres y dos, cinco.

—Buena tirada —opinó Klaud Orleans.

—Ahora te toca a ti, terrícola.

Un empleado de la casa fue a tocar los dados, pero Klaud le exigió:

—Quieto.

El empleado le miró interrogante. El propio Mentles preguntó:

— ¿Qué pasa, es que no puede darte los dados?

—No me gustan los dedos que no viene a cuento.

— ¿Por qué?

—La mano es más rápida que la vista y podría cambiar los dados.

— ¿Me estás llamando tramposo, terrícola?

—En absoluto, Mentles, pero algún empleadillo podría mostrar un exceso de celo hacia su patrón y vale más prevenir. —Se acercó al final del tapiz y él mismo recogió los dados. Regresó junto a Mentles y se los mostró en la palma de la mano—. ¿Son éstos? —inquirió.

—Claro, claro que sí.

Klaud cerró el puño, dio un largo soplido sobre él y agitó el puño. Lo lanzó hacia adelante y cuando todos esperaban ver saltar los dados, el puño de Klaud continuó cerrado. Se rió y entonces, sorprendentemente, soltó los dados que saltaron a lo largo de la mesa hasta detenerse en el borde final.

—Dos y uno, tres. Creo que he ganado, Mentles.

Era evidente que al reinícola Mentles no le había gustado lo sucedido. Los puntos de su rival eran más bajos; por lo tanto, ganaba.

—Supongo que no dirás que tus dados están truncados. ¿Verdad, Mentles?

—No, claro que no, pero tu forma de agitarlos…

—Eso es magia terrícola —se rió Klaud Orleans—. Vosotros no sabéis lo que es eso.

— ¿Magia?

—Sí, magia. —Volvió a reírse, miró a Carrie y le pidió—: Vamos.

La muchacha vaciló pero acabó acercándose a Klaud.

— ¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

—Coge tu abriguito y tu bolso, nos vamos.

—Es que yo…

— ¿No has visto la partida?

—Sí, claro.

—He ganado yo. ¿No es así, Mentles?

—Sí, puedes irte con él. Estás libre de tu contrato, Carrie.

Carrie parpadeó, incrédula. Se abrazó al cuello de Klaud y le dio un rápido beso en la boca.

— ¡En seguida vuelvo!

—Espero que no le ocurra nada a la chica. Cuando me enfado, suelo ser muy desagradable. Además, tus amos, que son los que me pagan, se van a irritar si encuentro obstáculos en mi labor. Lo entiendes, ¿verdad, Mentles?

Mentles no respondió. Le escrutaba con sus ojos oblicuos en vertical, con aquellos iris que semejaban signos de admiración en el rostro.

Klaud Orleans estaba seguro de que detrás de aquellos ojos se escondía el odio. Los reinícolas soportaban mal lo que ellos consideraban una humillación. Por muchos siglos de convivencia que transcurrieran, reinícolas y terrícolas jamás llegarían a congeniar totalmente.

CAPITULO V

Carrie reapareció con una casaca azul larga. Klaud hizo saltar el codiciado brillante en su diestra y juntos abandonaron el camino.

Ya dentro del atom-hover-craft, Carrie preguntó:

— ¿De verdad estoy libre?

—Sí, tú eras parte del juego.

—Qué horror, me siento como una esclava.

—Yo te he ganado, claro que me jugaba el brillante contra tu linda personita.

Carrie suspiró ruidosamente.

—Uf, si llegas a perder.

—Quien juega, siempre se expone, pero he llegado a una conclusión —dijo Klaud mientras abandonaba el estacionamiento. El haz luminoso de su monofaro rasgaba las tinieblas.

— ¿Cuál?

—El que tiene confianza en sí mismo, gana. No sé, es como una irradiación que mueve los dados o cualquier otra cosa a favor de uno. No hay que dudar de la victoria.

—Y ahora, ¿qué hago yo?

—Regresa a la Tierra y empieza una vida nueva.

— ¿Cómo? No tengo para costearme el viaje.

— ¿Cuánto vale el viaje entre Free Planet y la Tierra?

Carrie tragó saliva antes de decir:

—Creo que tres mil soles.

Klaud silbó de admiración.

— ¿Y cuántos tienes?

—Doscientos en mi bolso.

— ¿Y no tienes ahorros en ninguna otra parte?

—No.

— ¿Tan mal te pagaban?

—Parecía que me pagaban bien, pero luego todo lo que necesitábamos comprar nos lo vendían en el propio casino y era muy caro.

—Lo de siempre, la situación no ha cambiado desde el tiempo de los egipcios. En fin, yo no tengo ese dinero ahora para dártelo.

—Bueno, ya veré lo que puedo hacer. Déjame en un hotel y …

—Si te dejo sola, vas a caer en la prostitución y vendiéndote no vas a ahorrar jamás el dinero para pagarte el viaje, siempre te faltará algo.

— ¿Qué hago entonces?

—No te separes de mí hasta que yo pueda regresar al planeta Tierra. En mi hyperlight cabemos varios.

— ¿No viajas solo?

—Nunca se sabe. Ahora, lava tu cabecita y olvídate del pasado; en adelante, serás otra.

—Klaud...

— ¿Sí?

—Si me llevas contigo, no preguntaré adonde ni cuándo ni por cuánto tiempo. ¿Me comprendes?

—Prefiero no comprenderte. No soy de piedra y tengo otras cosas en qué pensar.

Cruzaron la desembocadura del gran río a cuyas orillas había nacido la anárquica metrópoli capital de Free Planet, aunque desde allí no se gobernaba ninguna otra parte del propio planeta.

Quien se separaba de la metrópoli, debía arreglárselas por sus propios medios. Carecía de protección y tenía que buscarse el agua necesaria y consumir su propia electricidad.

Klaud comprendió que se había metido en un lío, mas, no podía dejar a aquella chica como esclava bajo la bota de un reinícola.

El atom-hover-craft impulsado por energía atómica, abandonó el suelo firme y se deslizó por encima de las aguas. Pasó al otro lado de la desembocadura y no tardaron en hallar el hotel Orion.

—Espérame, ahora vuelvo.

— ¿Quieres que me quede en el hotel?

—No, no, aguarda aquí un momento, salgo en seguida.

Entró en el *hall.* Efectivamente, el hotel era de tercera categoría, sus servicios sólo eran semiautomáticos.

Sobre el mostrador había un quelonio félido, posiblemente capturado en los bosques del propio Free Planet. Se movía cautelosamente. Aquellos extraños reptiles félidos eran de temer.

No tenían la pesadez y la lentitud de las tortugas terrestres, se movían con gran agilidad y resultaban muy ariscos. Sus patas estaban armadas de uñas retráctiles y el caparazón les convertía casi en invulnerables. Luego estaba su cabeza redondeada y achatada, con finos colmillos armando su boca, pues eran carnívoros.

Aquellos animalitos, con paciencia, podían ser domesticados. Se comentaba que solían hacer mucha compañía y resultaban tan buenos cancerberos como un perro del planeta Tierra.

—Tengo una habitación libre, es la mejor del hotel —gruñó la voz de una vieja, apartando de su boca un grueso cigarro de

mentobacco. A juzgar por el olor ambiental, podía contener otras sustancias estupefacientes.

— ¿Ese bicho muerde? —preguntó Klaud, señalando al quelonio-félido.

—Si quieres que te mutilen el dedo, acércaselo a la boca y si quieres tener una voz aflautada, acércale otra cosa...

Se echó a reír mientras pulsaba un botón y la mecedora comenzaba a hacer vaivenes rápidos, sacudiendo su cuerpo.

—Si le doy una moneda de c.ien soles, ¿se la comerá?

— ¿Cien soles?

La mujeruca pulsó otro botón y el balancín dejó de funcionar.

Klaud Orleans sacó la moneda y la mostró al extraño animal mezcla de tortuga y gato, un animal feo, arisco y peligroso pero que hacía compañía a seres como aquella mujeruca.

El animal alargó una de sus patas, desnudando las uñas para coger la moneda que brillaba.

—Le gusta, ¿eh?

—Y a mí también. ¿Quieres el mejor cuarto del hotel? Te meto una chica terrícola en la cama y la mejor cena que hayas podido tomar jamás, todo por esa moneda. Barato, ¿eh? —Se echó a reír de nuevo, sin quitarle los ojos de encima.

—Me bastará con que me llenes los oídos con algún que otro cuento.

— ¿Sabes el de la Caperucita Roja o prefieres Pinocho?

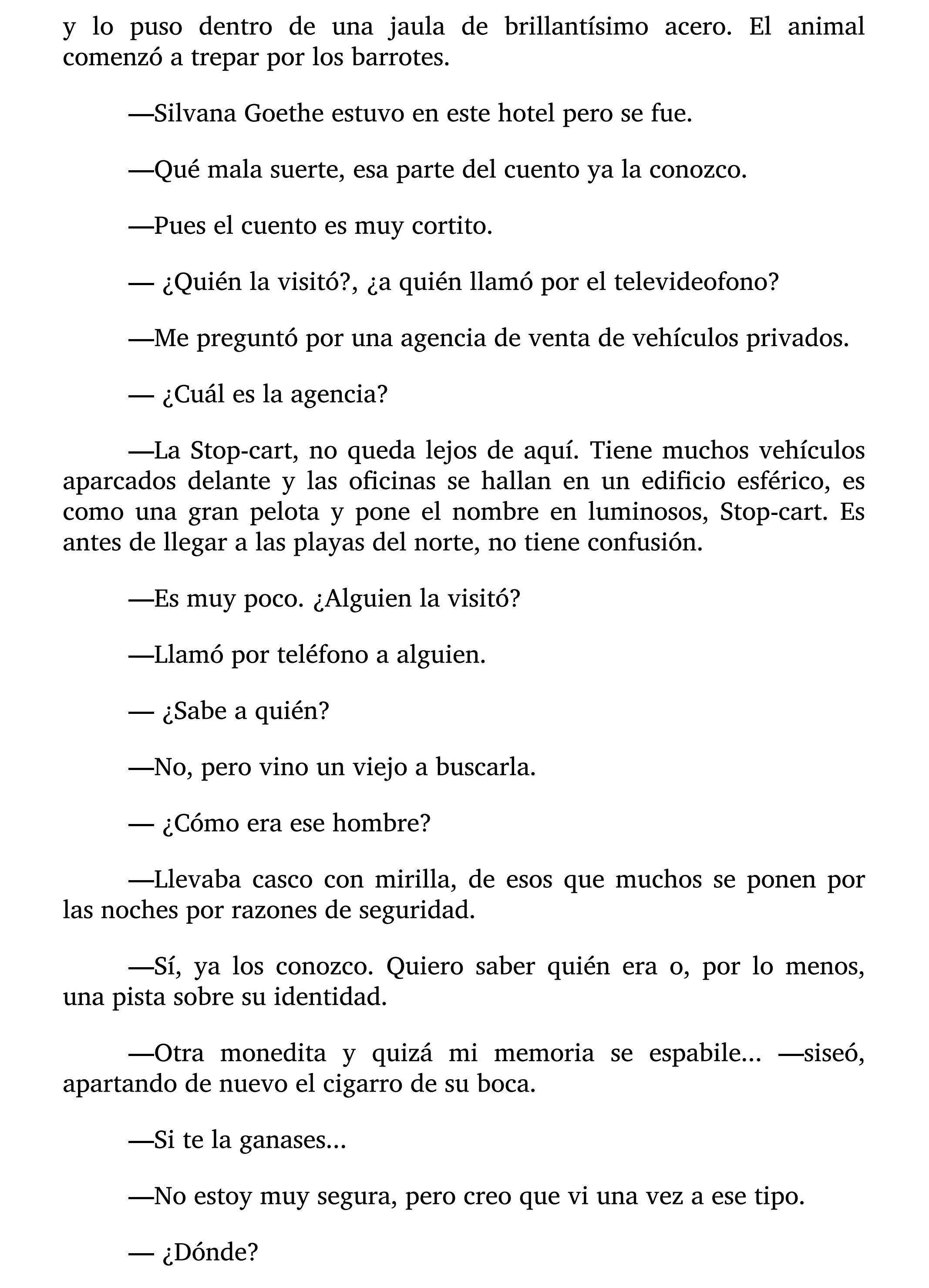
—Prefiero el de Silvana Goethe.

—Hum, de ése precisamente, no me acuerdo.

—Entonces, me voy. —Miró a la tortuga gato y le dijo—: Adiós, bicho feo.

—Un momento, un momento...

La vieja cogió al quelonio-félido por ambos lados del caparazón



y lo puso dentro de una jaula de brillantísimo acero. El animal comenzó a trepar por los barrotes.

—Silvana Goethe estuvo en este hotel pero se fue.

—Qué mala suerte, esa parte del cuento ya la conozco.

—Pues el cuento es muy cortito.

— ¿Quién la visitó?, ¿a quién llamó por el televideofono?

—Me preguntó por una agencia de venta de vehículos privados.

— ¿Cuál es la agencia?

—La Stop-cart, no queda lejos de aquí. Tiene muchos vehículos aparcados delante y las oficinas se hallan en un edificio esférico, es como una gran pelota y pone el nombre en luminosos, Stop-cart. Es antes de llegar a las playas del norte, no tiene confusión.

—Es muy poco. ¿Alguien la visitó?

—Llamó por teléfono a alguien.

— ¿Sabe a quién?

—No, pero vino un viejo a buscarla.

— ¿Cómo era ese hombre?

—Llevaba casco con mirilla, de esos que muchos se ponen por las noches por razones de seguridad.

—Sí, ya los conozco. Quiero saber quién era o, por lo menos, una pista sobre su identidad.

—Otra monedita y quizá mi memoria se espabile... —siseó, apartando de nuevo el cigarro de su boca.

—Si te la ganases...

—No estoy muy segura, pero creo que vi una vez a ese tipo.

— ¿Dónde?

La mujeruca se rascó la cabeza, cubierta de cabellos blancos ásperos y desordenados, como si hiciera doscientas horas que no

habían sido peinados.

Klaud Orleans aguardó, paciente. Al fin, ella explicó:

—Fue en un herbarium. Es un individuo de esos que saben mucho de hierbajos y polvos para curar. Ya sabes que aquí no hay hospitales como en el planeta Tierra, me refiero a pagados por el gobierno confederal; aquí hay que arreglárselas como uno puede. Hay clínicas muy sofisticadas, pero resultan carísimas y es más fácil acudir a tiendas como la de ese tipo.

— ¿Y dónde está?

—En el edificio Mercurio.

—De acuerdo, te ganaste la moneda. Ah, sí les explicas este mismo cuento a otros, vengo aquí y de este hotel sólo encuentran las cenizas.

—No temas, yo ya sé lo que me conviene y con quien trato — dijo, sacándole brillo a la moneda de cien soles que refulgía ante sus ojos redondeados y maliciosos.

Klaud Orleans regresó al vehículo. Carrie le preguntó: — ¿Buscabas una habitación?

—No, preguntaba por una amiga.

— ¿Guapa?

—Sí, mucho.

— ¿Te has acostado con ella?

—Nunca.

—Supongo que ella lo estará deseando.

—No creo —respondió él, dando velocidad a su atom-hover-craft para alejarse de aquel hotelucho.

CAPITULO VI

No era fácil distinguir en la noche el edificio Mercurio, Era más ancho que alto y daba sensación de gran solidez. No le costó mucho a Klaud Orleans encontrar el herbarium pese a que todo estaba en tinieblas.

—Cerrado —observó Carrie.

—Sí, ya veo, pero...

Klaud descendió del vehículo y se aproximó a la entrada. No tardó en darse cuenta de que la cerradura de las rejas había sido forzada. Movió la reja y pasó al otro lado sin ninguna dificultad.

La puerta de duro-glass cedió al empuje y rápidamente invadieron sus fosas nasales mil olores distintos, hierbas, desinfectantes... Era un comercio grande, lleno de hierbas y botes de medicamentos diversos.

"Encendió una pequeña linterna que siempre llevaba consigo.

— ¿Crees que han robado?

—Ah, eres tú, Carrie —dijo, volviéndose.

—Me da miedo quedarme sola en el cart, las noches de Free Planet son muy peligrosas.

—Pues ándate con cuidado, podemos tener una sorpresa desagradable. Es evidente que aquí ha estado alguien antes que nosotros.

— ¿Quién?

—Lo ignoro, pero no parece que vinieran a robar.

Se encontraron con varias puertas que fueron abriendo. Una de ellas conducía a una escalera ascendente. Klaud subió por ella y llegó a una pequeña vivienda que conservaba cierto calor humano, pero no había nadie allí.

—Creo que hemos llegado demasiado tarde.

— ¿Para qué?

—Para comprar un analgésico.

— ¿Tienes dolor de cabeza?

—Todavía no, pero si no encuentro pronto la pista de la chica que busco, voy a tenerlo.

— ¿Y yo no te sirvo?

—Encanto, la busco para otra cosa distinta de la que tú estás imaginando.

Descendieron de nuevo al centro de ventas. Carrie señaló otra puerta.

— ¿Y aquélla?

—Conducirá a un almacén, pero le daremos un vistazo.

Klaud Orleans no quiso dejar perder la última oportunidad y al abrir aquella puerta se encontró con una escalera descendente. Olía a Fenol y a alcoholes, en el sótano había un laboratorio que lo mismo podía servir para la investigación biológica que para fabricar ungüentos y polvos medicamentosos. Las lámparas permanecían encendidas y todo tenía un aspecto casi mágico.

—No hay nadie —dijo Carrie en voz baja.

Klaud Orleans avanzó entre estantes verticales llenos de frascos hasta que descubrió una hilera de terrarios.

—Hay hasta serpientes, supongo que es para quitarles el veneno.

- ¡Serpientes, qué miedo! —exclamó Carrie.

—Quieta.

- ¡Ah!

La joven se asustó al quedar junto a un terrario donde una cobra terrícola se había quedado encarada con ella silbando amenazadoramente pese al grueso cristal que las separaba.

Klaud acababa de descubrir algo horripilante.

Allí había una camilla con altas ruedas, colocada bajo una lámpara que la iluminaba completamente. Sobre la camilla, yacía una mujer madura pero todavía hermosa y de carnes abundantes.

Estaba atada de pies y manos con correas a la camilla y tan quieta que cualquiera hubiese pensado que había muerto; mas, sus ojos abiertos no aparecían vidriosos si no que miraban fijamente a la luz, como hipnotizada.

— ¡Santo cielo! —exclamó Carrie al ver lo que sucedía.

Cuatro escorpiones peludos gigantes, de más de un palmo de largo cada uno de ellos, negros y brillantes, se paseaban por encima del cuerpo femenino, con sus pinzas por delante y el aguijón enhiesto, dispuestos para hundirlo en las carnes y llenarlas de ponzoña mortífera.

—No digas nada y usted, no se mueva, siga tal como está.

Los escorpiones, que sin duda habían sido sacados del terrario al que le faltaba la tapa, habían aceptado el cuerpo de la mujer como su nueva residencia, pues se paseaban por encima de ella.

Uno se hallaba en el cuello, descansando sus piernas sobre la boca. Otro estaba encarado con uno de los pies desnudos. El tercero se paseaba por entre los pechos y el cuarto, caminaba por el muslo derecho.

—No se les puede excitar, esas alimañas son muy peligrosas y rápidas.

Klaud tomó una regla dura pero flexible. La levantó en el aire con sumo cuidado y asestó un certero golpe que arrancó a uno de los escorpiones del cuerpo de la mujer.

La alimaña cayó al suelo, cerca de los pies de Klaud Orleans. Casi al mismo tiempo, éste empuñó la pistola con la zurda y disparó un rayo electro-flamígero que carbonizó a la alimaña.

—Si cae uno al suelo, no lo pises, Carrie. Su aguijón puede traspasar la bota y su picadura es absolutamente mortal en esta especie.

Repitió la operación hasta destruir otros dos escorpiones; pero quedaba el que se había aposentado entre el cuello y la barbilla de la mujer. El aguijón quedaba muy cerca de la vena yugular y si lo clavaba, el veneno discurriría rápidamente por la corriente sanguínea e invadiría el cerebro en forma casi instantánea.

La reacción de la alimaña, si fallaba el golpe, sería la de picar donde pudiera, pues no sabría muy bien quién y cómo le atacaban.

Buscó en derredor y sobre una de las mesas del laboratorio, halló unas largas pinzas metálicas. Apuntó con la punta de las mismas al escorpión bajo la mirada aterrada de Carrie.

La otra mujer, víctima de aquella situación, seguía sin siquiera parpadear; era como una muñeca de cera a tamaño natural.

Klaud dio un empujón con las pinzas hacia adelante y logró atrapar a la alimaña como si fuera el pico acerado de un ave de presa. Abrió la tapa de un recipiente de cristal que contenía un líquido y que por su forma circular y ancha parecía un cristalizador. Metió al escorpión dentro, volviendo a tapar.

La bestia de color negro y brillante se debatió en el líquido, un fuerte desinfectante fenolado que lo mató rápidamente.

Klaud Orleans comenzó a desatar a la mujer que continuaba yerta, como si no fuera un ser vivo. Le abofeteó el rostro y le dijo:

—Todo ha pasado ya.

Súbitamente, como si despertara de una brutal y despiadada pesadilla, lanzó un grito de terror y angustia. Luego, se encogió sobre sí misma y se echó a llorar.

—Todo Ha pasado. Cálmese, cálmese; lo ha hecho muy bien. Los escorpiones jamás pican el suelo que pisan. Si se hubiera movido, no la habrían considerado su suelo, pero al quedarse quieta ha evitado la picadura.

Entre Klaud y Carrie sacaron a aquella mujer del sótano y la subieron hasta la vivienda. La tendieron en la cama y Carrie le preparó una bebida.

—Tómese esto; verá qué bien le sienta.

La mujer se había recuperado mucho. Bebió y, más tranquilizada, preguntó:

— ¿Quiénes son ustedes?

—Gente amiga. Hemos visto que la puerta estaba forzada y hemos entrado a ver qué ocurría.

—Unos asesinos me han sorprendido, me han golpeado y luego me han llevado abajo.

— ¿Para interrogarla? —preguntó Klaud.

— ¿Cómo lo sabe?

—Es de suponer. ¿Por qué, si no, la han atado a la mesa y le han puesto los escorpiones encima? Querían provocarle pánico y que les dijera lo que le preguntaban.

—Es que no sé nada, nada, nada.

— ¿Le han preguntado por Silvana Goethe?

—Sí, sí, ¿cómo lo sabe?

—Yo también la busco. Pero no tema; si no quiere decirme nada, no lo haga.

— ¡Es que no sé nada, ni siquiera la conozco!

— ¿Seguro?

—Bueno, supongo que debe ser una mujer joven que se ha entrevistado con el profesor Sherman.

— ¿El profesor Sherman es el dueño de todo esto?

—Sí.

— ¿Y usted es su esposa?

—Vivimos juntos, soy su pareja y su colaboradora.

— ¿Y luego?

—Esta tarde dijo que tenía que salir.

— ¿Y no ha vuelto?

—No.

— ¿Cree que está con esa mujer joven?

—No lo sé, no lo sé.

Klaud sacó una fotografía de Silvana Goethe. Se la mostró a la mujer y le preguntó:

— ¿Es ésta?

—Sí, sí, es ella.

—Los que la han atacado, ¿cuántos eran?

—Tres.

— ¿Todos terrícolas?

—No, uno era reinícola.

— ¿Qué hará ahora?

—No lo sé —suspiró—, aquí no hay ley. Creímos ingenuamente que este centro que sirve para curar a tantos estaría a salvo de cualquier salvajada, pero...

—Es posible que el profesor Sherman vuelva, pero adviértale de inmediato de lo que le ha ocurrido.

—Sí, sí, pero ellos buscaban a la chica.

—Yo también.

— ¿Para qué, quién es ella?

—Eso no importa ahora.

— ¿Se va a quedar aquí, sola? —preguntó Carrie.

Klaud se anticipó a una posible petición objetando:

—No puedo recoger a todas las mujeres con problemas que hay en Free Planet.

—Me las arreglaré, tengo un arma.

—Magnifico, y mande colocar un detector en puertas y ventanas. Por lo menos, si alguien entra, tendrá tiempo de empuñar su arma y, un consejo, dispare, dispare sin vacilaciones.

—Después de lo que me han hecho con los escorpiones, seguro que dispararé.

—Suerte —deseó Klaud a la mujer.

Esta le cogió de una mano y mientras se le humedecían los ojos, confesó:

— ¿Se llevó mucho dinero?

— ¿El profesor?

—Sí.

— ¿Cuánto?

—Lo ignoro, pero sí sé que se llevó mucho.

— ¿Piensa que ha huido con esa joven?

En vez de responder, la mujer ladeó el rostro para ocultar sus lágrimas. Klaud le puso una mano en el hombro como tratando de infundirle ánimo y confianza en sí misma.

—Si no lo matan, volverá —le dijo.

— ¿Y ella? —preguntó, ahogando un sollozo que dificultaba su habla.

— ¿Ella? Posiblemente tenga sus horas contadas...

CAPITULO VII

Silvana Goethe, alta, esbelta, de largos cabellos rubios, no lograba disimular la expresión de honda inquietud que afloraba a su rostro. Pulsó una de las cuatro teclas que tenía en la mesa del self-service.

Frente a ella, en una pequeña pantalla a color y tridimensional, aparecían imágenes fijas de los distintos platos que ofrecía aquel establecimiento, todos de aspecto muy apetitoso y marcados con su precio.

Silvana eligió uno de los platos e introdujo en la ranura la moneda correspondiente.

Se levantó la tapa brillante que tenía delante y un brazo mecánico le entregó el plato pedido. Cuando lo tuvo ante sí, Silvana comprobó que no era tan apetecible como el que viera en la pantallita, pero aquello era tan normal en los selfservices que no le dio mayor importancia.

A su lado, el profesor Sherman también se alimentaba.

La persecución ha comenzado —comentó.

—No me dejaré coger.

—Son muy poderosos, Silvana. Emplearán todas las armas y todo el dinero de que disponen para capturarte.

—No les tengo miedo; la Galaxia entera sí debería tenerles pánico. Yo sólo soy una mujer terrícola, puedo perder mi vida pero no sucederá nada.

—Te comprendo; no obstante, ¿estás segura de lo que contiene el cartucho de información biónica?

—Hubiera preferido que tú me lo concretaras más.

—Imposible.

— ¿Y tus investigaciones sobre la microbiología empleada en la

memoria y la informática?

—Es muy complejo. Se emplean distintos microorganismos para componer esa memoria biónica. Si coloco el cartucho en un analizador, posiblemente destruiría su contenido.

—Quizá fuera lo mejor.

—Si se destruye, lo único que habrás conseguido es retrasar los planes de esos criminales a los que deseas denunciar. Volverían a reunir la información que tú les has quitado y al cabo de un tiempo, poco o mucho, tendrían otro cartucho de memoria biónica como ése.

—Si lo entrego a la comisión de seguridad del parlamento de la Confederación Terrícola, los destruiré.

— ¿Y por qué no lo hiciste ya?

—Tuve miedo.

— ¿De qué?

—De no entregarlos a la persona adecuada, de que lo tomase en sus manos uno de los servidores del grupo de los cinco, de esos ambiciosos que aspiran a convertirnos a todos en esclavos.

—Habría que buscar al hombre ideal de esa comisión de seguridad del parlamento confederal.

— ¿Y cómo saber que es el hombre ideal?

—No lo sé, pero huir por las junglas de este planeta sin ley no nos llevará a ninguna solución.

—Nos llevará a ganar tiempo para despistarles.

—Ya están tras de nosotros, Silvana. Tú misma, con tus propios ojos, viste como entraban en mi herbarium.

—Menos mal que no llegaste antes que ellos; ahora estarías en sus manos.

—Estoy sufriendo por Janet.

— ¿La llamarás?

—Sí, ahora.

— ¿La amas?

—Sí. ¿Te extrañas?

—No, te comprendo. Es la compañera ideal para ti, ¿no es cierto?

—Lo es. Entiende de hierbas, de farmacia, de medicina incluso, es una ayudante magnífica. Entre los dos tratamos de aliviar los sufrimientos de cuantos se acercan a nosotros, enfermos o heridos. Confiemos que algún día se creen buenos hospitales en el Free Planet.

—No los habrá mientras no haya un gobierno responsable. La ley vigente sólo defiende a los propietarios de este lugar y la policía atiende únicamente las llamadas de quienes les pagan.

—Yo soy uno de esos que pagan.

—Porque no te queda otro remedio, pero ¿te hacen caso?

—No, es cierto, aunque me respetan porque en más de una ocasión he curado las heridas de esos policías mercenarios.

—Pese a todo, creo que estaré más segura en este planeta que en la Tierra. Sólo hay que dejar pasar el tiempo.

El profesor Sherman miró en derredor, controlando su inquietud.

—Eres demasiado joven y hermosa, Silvana. Todos estos individuos que nos rodean no te quitan el ojo de encima.

—No creo que sea grave.

—Yo no me fiaría. No olvides que aquí no hay la ley ni la justicia que impera en el planeta Tierra.

—Sí, por eso tú huiste de la Tierra.

—No escarbes demasiado en el pasado, puede resultar doloroso.

—Disculpa.

El profesor Sherman sonrió tenuemente. Comió sin apetito, miró luego hacia un televideofono automático y le dijo a la joven:

—Voy a hacer una llamada, ahora vuelvo.

— ¿Vas a llamar a Janet?

—Sí, creo que se lo merece.

—Naturalmente.

El profesor fue hacia el televideofono. Introdujo una moneda y pulsó el botón adecuado para que su imagen no se viera en la otra pantalla. La visión era opcional y no estaba muy seguro de que Janet se hallara sola.

Tras teclear las cifras correspondientes, apareció la cara de Janet en la diminuta pantalla, aunque la mujer no podía verle a él.

—Janet...

— ¡Profesor!

—Janet, ¿estás bien?

—Profesor, no le veo. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, estoy bien. Me marcho de viaje, estaré algún tiempo fuera, cuida del herbarium.

—Sí, claro, pero...

—Trata de comprenderme, Janet.

Podía verse muy afligido el rostro de Janet, pero asintió con la cabeza y prefirió no contarle al profesor Sherman lo que había ocurrido con los asaltantes de herbarium.

—Suerte, profesor. Cuidaré de su herbarium, regrese pronto.

—En cuanto me sea posible. No te preocupes por mí, estoy bien y pienso seguir estándolo.

—Ah, profesor, un momento...

— ¿Qué pasa?

—Un hombre busca a la chica que está con usted.

— ¿Cómo sabes que estoy con una chica?

—Se llama Silvana Goethe, ¿no es eso?

—Sí…

—Un hombre que va acompañado de una mujer, la busca.

— ¿Terrícolas?

—Sí.

— ¿Quiénes son?

—No lo sé, él se llama Klaud.

— ¿Klaud, Klaud? No le conozco. ¿Y qué te ha dicho?

—El me ha preguntado por Silvana; también lo hicieron otros tipos que rompieron la cerradura de la puerta.

— ¿Te interrogaron?

—Sí.

— ¿Te han lastimado?

—Estoy bien, profesor, no se preocupe, pero a esa Silvana la buscan como si llevara un tesoro encima.

—De acuerdo, Janet, no digas que has hablado conmigo. Adiós.

Cortó la comunicación y, preocupado, regresó junto a Silvana sobre cuya figura se habían concentrado más miradas masculinas.

—Ya te andan buscando varios.

—Hay que escapar a un lugar seguro.

—Primero hay que descansar, somos de carne y hueso; te has pasado muchas horas conduciendo.

—Si me alcanzan, será peor.

—Les llevamos muchas horas de ventaja. Además, no tienen por qué saber la dirección que hemos tomado. Lo que no me gusta son las caras de los tipos que veo por aquí, especialmente los terrícolas.

—Los reinícolas tampoco me gustan.

—Esos piensan más en robarnos que en otra cosa.

—Está bien, mañana proseguiremos viaje. Hay que buscar un lugar recóndito donde no me encuentren los asesinos de la Five Corporation.

—Pero, ¿qué es lo que pretende esa Corporación de los cinco?

—Convertirse en dueños de todo.

—Eso es imposible.

—No, no lo es si pone en marcha sus planes destructivos. Nadie puede suponer lo que son capaces de hacer cinco hombres que tienen poder y dinero y que son respetados por todos

—No digas más, pueden oírte.

—Tendría que vocearlo por todas partes. Cinco hombres cuya apariencia es paternal preparan la esclavitud para los terrícolas.

—A lo largo de nuestra historia, muchos lo han intentado pero nadie lo ha conseguido.

—Algunos lo han logrado por decenas de años.

—Sí, es cierto y para eso han derramado mucha sangre inocente; pero si esos hombres tratan de conseguirlo, ¿crees que tú, ocultando ese cartucho de memoria biónica, vas a impedirlo?

—Durante un tiempo, si, tú lo has dicho.

Silvana tenía deseos de explotar, de gritar todo lo que sabía, pero ¿cómo probar ante el mundo que lo que ella decía era cierto?

Si mostraba el cartucho de memoria biónica, nadie le daría crédito, ya que resultaba casi imposible extraer los datos allí acumulados y que sólo podían manipularse en computadoras selectivas biónicas.

Únicamente el gobierno confederal podría descifrar lo que encerraba aquel cartucho, pero Silvana no se fiaba de nadie.

El grupo de los cinco magnates de las grandes finanzas, no sólo en el planeta Tierra sino en otros muchos, tenían agentes pagados por todas partes, hasta en el mismísimo gobierno y, por supuesto, en la policía.

Si entregaba el cartucho a unas manos traidoras, todo su

esfuerzo sería vano, se habría jugado la vida por nada. La eliminarían y luego, colocarían de nuevo el cartucho en la calculadora biónica y proseguirían con sus apocalípticos planes.

—Cuando encuentre al hombre adecuado, le entregaré el cartucho de memoria biónica y todo el mundo sabrá quiénes son los cinco financieros, pseudomecenas, paternalistas, amantes del progreso y promotores de fundaciones humanitarias. Entonces, se les caerá la careta, pero tengo que dejar pasar un tiempo.

Suspiró.

—Lo malo es que ya saben que estás en Free Planet y va a ser muy difícil que salgas de aquí sin que ellos lo averigüen.

—Lo sé, pero debo luchar por mí y por todos nosotros. —Se rehízo y miró directamente a los ojos del profesor Sherman—. Lamento haberte metido en esto.

—Tú pensaste que Free Planet era un buen lugar para esconderte y no se te puede reprochar.

—Fui a verte cuando había jurado que jamás lo haría.

—Me siento feliz de que me hayas pedido ayuda, Silvana.

Le tocó la mejilla cariñosamente.

—La verdad es que llegué a pensar que tú hallarías la forma de sacar todos los datos metidos en el cartucho de memoria biónica.

—Fie hecho muchas investigaciones al respecto, pero para descifrar el contenido de ese cartucho hace falta una computadora idéntica a la que poseen los poderosos de la Five Corporation.

—Sí, los cinco ángeles de las finanzas espaciales, aunque yo les llamaría los cinco perversos.

—Sin pruebas, nadie te va a creer y aún con ellas, es difícil que consigas manchar sus nombres. Tienen los mejores abogados de nuestra especie. Sin embargo, creo que tu valentía, tus ansias de justicia, ese desprecio por tu propia vida, porque te la has jugado con muchas posibilidades de perderla, al final merecerán un premio.

—Mi único premio seria que se hiciera público el contenido del cartucho de memoria biónica.

—Es posible que al final lo consigas. Trataremos de ocultarnos por un tiempo, haremos que tus perseguidores se cansen como perros agotados y luego, buscaremos la forma de denunciar todo lo que tú dices; confío en que no te equivoques.

— ¿Equivocarme?

—Sí, respecto a los datos que contiene ese cartucho de memoria biónica.

— ¿Cómo puedo equivocarme si muchos de los datos los introduje yo misma? Ya sé que es una traición a la empresa para la que trabaja, pero por encima de la empresa está la humanidad, nuestro gobierno con federal que ignora lo que sujetos como los cinco están preparando.

El profesor Sherman observó a la muchacha y sintió emoción al acariciarle los cabellos. Era integra y atractiva, pero ¡tan poca cosa para osar enfrentarse a los cinco gigantes de las finanzas!

—Eh, viejo, ¿me la prestas por un rato?

Silvana lanzó una mirada furiosa al individuo que acababa de interpelarles en voz alta. El profesor Sherman ni se volvió partí mirarlo.

—Será mejor que nos vayamos de aquí. Estos individuos sólo respetan sus armas y se dan cuenta de que soy viejo.

—Tú no eres viejo, tú eres un sabio.

—Todo lo que quieras, pero será mejor que abandonemos este sitio. Mañana entraremos en un *shop-center* y compraremos todos los alimentos que nos hagan falta para no tener que entrar en ningún *selfservice* más; es peligroso y, además, nos pueden seguir mejor el rastro.

Abandonaron el local y se dirigieron al auto-motel. Se enfrentaron con la máquina-conserje y observaron las habitaciones que estaban libres y los precios marcados al margen.

Terminaron por introducir las correspondientes monedas y por la parte baja de la máquina aparecieron las llaves con la numeración adecuada.

—Estaremos juntos, una habitación al lado de la otra —le dijo el

profesor Sherman.

—No te preocupes. Mañana por la mañana reemprenderemos la marcha.

Pasaron a sus respectivos dormitorios. Silvana se sentía muy agotada.

Desde que hurtara el cartucho de memoria biónica, tan importante para los planes del grupo de los cinco, su tensión había sido constante.

Se desnudó. Pasó a la ducha e hizo que el agua refrescara su cuerpo. El calor que hacía en el Free Planet era pegajoso, insoportable en muchos momentos.

El agua semejó rejuvenecerla. Se secó ante el chorro de aire caliente y seco y se dirigió a la cama para tumbarse en ella.

Antes de hacerlo, abrió su pequeño maletín y de él extrajo una pistola Supra-ultrasonic, muy manejable. Era muy eficaz a distancias cortas, pues a quince pasos perdía gran parte de su efectividad.

Puso el arma bajo la almohada y cerró los ojos; estaba tan fatigada que se durmió en seguida.

Las pesadillas turbaron su sueño. Llevaba la angustia clavada en la mente y el miedo a ser capturada la sobresaltó con pesadillas.

Se veía perseguida por asesinos a sueldo del grupo de los cinco que trataban de silenciarla para siempre. Veía los rostros de los cinco, monstruosamente deformados, que le gritaban desaforadamente en medio de la oscuridad. La llamaban traidora mientras reían diabólicamente, a carcajadas.

— ¡Ah!

Había levantado la mano y se encendió la luz. Fue cuando descubrió que no estaba sola en la alcoba.

—Si te callas, será mejor. Después de todo, puedes pasar un buen rato.

Los tres desconocidos, que podían ser los hombres que estaban en el restaurante automático, la miraban con lasciva codicia.

Silvana Goethe comprendió lo crítico de su situación. Tres

indeseables rodeaban su cama y ella estaba sola, con apenas una sábana de plastipapel cubriéndola.

— ¡Noooo! —gritó, de pronto.

Uno de los tipos se lanzó sobre su boca para tapársela forzosamente con la mano. Silvana reaccionó mordiéndole, lo que le costó un golpe mientras otros la sujetaban por brazos y pies.

— ¡Estúpida!

—Sujétala bien...

—Hay que golpearla un poco para dejarla blanda —dijo otro.

Silvana sintió una rabia infinita. Iba a ser muy difícil que escapase de la violencia lujuriosa de aquellos tres canallas que trataban de violarla.

— ¡Quietos!

Todos miraron hacia la puerta. El profesor Sherman acababa de irrumpir en la estancia llevando en su diestra una pistola defensiva láser.

—No te enfades, viejo —rezongó uno de ellos—. Te la dejaremos, casi, casi, casi, igual que está ahora.

Los otros dos se rieron.

—Si no la soltáis, dispararé.

—Chicos, la diversión ha terminado —dijo el que parecía mandar el grupito—. El viejo se pone terco, quiere cuidar a su niña.

Otro se lamentó:

—Qué pena, ahora que esto se ponía divertido...

—Si quiere, le pagamos —propuso el que soltó la bota de Silvana.

— ¡Fuera! —gritó el profesor Sherman.

La muchacha respiró profundamente y agradeció en lo más íntimo de su ser la oportuna presencia del profesor.

Los tres indeseables se apartaron de la cama; pero, la habitación era pequeña.

De pronto, uno de ellos, de una patada, lanzó la silla contra el profesor Sherman mientras el otro se arrojaba hacia la mano armada que fue levantada en el aire.

El disparo láser hizo un agujero en el techo que se tornó negro mientras desprendía humo.

Rápidamente, Silvana extrajo su pistola Supraultrasonic de debajo de la almohada.

— ¡Soltadlo!

Uno de aquellos sujetos acababa de sacar un cuchillo electroatómico que cortaba cualquier cosa como si fuera mantequilla gracias a la micropila nuclear que tenía dentro de su mango.

Aquella hoja, que tenía un vaivén casi imperceptible pero muy eficaz, iba a hundirse en el cuerpo del profesor Sherman. Silvana, incorporada en la cama, disparó.

Se oyó con claridad el sonido que dejaba escapar la pistola.

El hombre soltó el cuchillo mientras se retorcía de dolor y caía al suelo.

— ¡Cuidado! —gritó el otro.

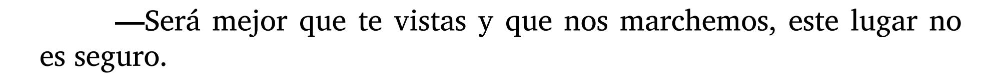
Uno de ellos trató de arrebatarle la pistola láser al profesor para utilizarla él, pero Silvana le disparó también, alcanzándole la cabeza que fue sacudida y luego se hinchó como si fuera un globo. Todos sus huesos interiores estaban ya destrozados.

El tercer canalla trató de huir mientras el profesor Sherman se reponía. Silvana le disparó y el hombre cayó de bruces ya fuera de la habitación, en el porche.

El profesor, aturdido aún, sin haber soltado su pequeña pistola láser, miró los dos cuerpos caídos a su alrededor, sin vida. El tercer sujeto se lamentaba afuera.

—Has hecho muy bien, Silvana.

—Por todos los planetas del cosmos, ¿cómo, cómo podían…? —Se echó a llorar convulsivamente.



—Será mejor que te vistas y que nos marchemos, este lugar no es seguro.

—Sí, sí.

Se vistió. Afuera, el que estaba caído quedó anestesiado gracias a que el profesor Sherman le aplicó dos de sus dedos en la nuca.

—Creo que éste no volverá a caminar jamás.

— ¿Vivirá?

—Sí, pero… En fin, será mejor que nos vayamos cuanto antes.

Sigilosamente, se dirigieron al estacionamiento. Montaron en el vehículo atom-hover-craft modelo «caravaning» y se alejaron con rapidez de aquel motel.

Tomaron el vial que se adentraba en la espesa jungla donde abundaban las ciénagas, animales desconocidos e incluso indígenas con un coeficiente mental muy bajo y que aún no conocían las civilizaciones tecnológicas.

El profesor Sherman se sentía muy cansado. Miró dos de las cuatro lunas a través del parabrisas y se dijo que aquella fuga en el Free Planet no acabaría bien.

CAPITULO VIII

Klaud Orleans dejó a Carrie dormida en el asiento. Estaba agotada y no habían recalado en ningún hotel. Pensó en llevarla a su nave hyperlight, allí sí podía dormir en una de las literas, pero no deseaba perder tiempo.

Había nacido un nuevo y caluroso día en aquella cara del Free Planet, un planeta de atmósfera densa y cargada de humedad, un planeta caluroso y bochornoso donde cualquier cosa ya plantada crecía con rapidez, pues si se arrancaba la vegetación y se desnudaba el suelo de flora, éste alcanzaba tan altas temperaturas que era difícil volver a plantar en él, salvo que se trabajase con mucha agua para refrigerarlo.

Dejó a Carrie en el vehículo y se dirigió a las oficinas de la agencia de compraventa de vehículos, la Stop-cart.

En las oficinas había varios empleados. Desde aquel edificio en forma de esfera se dominaba toda la vista del parque de vehículos.

Cualquiera que, furtivamente, se sentara dentro de uno de ellos, quedaría electrocutado automáticamente. Sólo podían utilizarse si se liberaban desde el control de las propias oficinas. Carteles estratégicamente dispuestos advertían del peligro a los posibles ladrones y durante la noche, tales rótulos era luminosos.

— ¿Quiere comprar un vehículo? —preguntó una chica de estatura mediana y que hacía bailar sus ojillos provocativamente.

—Me imagino que tiene los mejores carts de todo el planeta.

—Así es, y a precios sin posible competencia.

Klaud sacó de su bolsillo la fotografía de Silvana Goethe.

— ¿La conoce?

La agente de ventas parpadeó como para mejor centrar su atención en la foto. Después, dijo:

—No.

— ¿Alguien de la agencia la conoce?

Se acercaron dos chicas más y un joven. Este último fue quien la reconoció.

—Sí, ha estado aquí.

— ¿Cuándo?

—Hace tres días, pero...

— ¿Qué?

—Quería alquilar un vehículo caravaning apto para introducirse en la jungla. Ya sabe, ha de ser fuerte y resistir las rozaduras de las ramas, pues tiene que abrirse paso entre la espesa vegetación.

—Ese tipo de vehículos —explicó la agente que había recibido a Klaud— son muy buscados por los que se internan en las junglas. Los normales corren el riesgo de quedar aprisionados entre la maraña de ramas y lianas. En algunos lugares, la espesura sólo puede traspasarse con una nave potente y preparada. Los vehículos caravaning van equipados con cortadores láser que les abren paso en los lugares más difíciles.

—Magnífico, pero ¿y la chica?

—Bueno, un cart caravaning de ese tipo y de segunda mano cuesta cuatro mil soles, aparte de los suministros si se desea ir lejos.

— ¿Y...?

—Pues que ella no parecía tener ese dinero. Hay muchos en este planeta que no disponen de semejantes cantidades, de lo contrario venderíamos muchos vehículos cada día.

— ¿Así que se quedó sin cart?

—No, volvió al día siguiente con un hombre mayor.

—Un viejo —puntualizó otra chica que pareció recordar de pronto.

—Sí, un viejo que llevaba el dinero. Como es lógico, aquí tenemos que cobrar al contado. Son muchos los que se van a las junglas o a los desiertos y no regresan jamás.

—De modo que compró un caravaning especial para junglas...

—Sí.

— ¿De qué color? —preguntó Klaud al joven que había atendido a Silvana Goethe.

—Verde claro. Es preferible no ser visto cuando se pasa mucho tiempo en la jungla. La vida de un ser humano, no importa de qué especie, vale muy poco en mitad de la jungla.

— ¿Sabe qué ruta pudo tomar?

— ¿Es policía? —quiso saber la chica agente de ventas.

—No, es que tengo que darle un recado urgente y no sé dónde encontrarla.

Nadie pareció creerse la respuesta dada por el duro Klaud Orleans, un hombre que rebasaba en estatura a todos los que estaban en aquellas oficinas.

—Me pidió un mapa fotográfico de la jungla septentrional.

— ¿Me da otro a mi?

—Sí, claro; no faltaría más.

La agente de ventas le hizo observar:

—Si quiere alcanzarla, tendrá que pilotar un cart caravaning apto para la selva.

— ¿Tiene uno idéntico al que se ha llevado ella?

—Sí, naturalmente; es una marca muy sólida y con garantía. Con un vehículo semejante puede dar la vuelta sin posarse en el suelo. Muchos buscadores de metales lo utilizan incluso para escudriñar el océano Verde. Puede estabilizarse sobre el suelo o el agua.

—Tengo una tarjeta magnética de crédito. ¿Aceptan esta clase de pago?

—Sí, claro, ¿la lleva encima? —inquirió la chica, viendo la posibilidad de una venta inmediata.

Introdujeron la tarjeta de crédito en la ranura correspondiente y aguardaron los datos informativos. Klaud Orleans no tardó en salir de la agencia a bordo de un atom-hover-craft modelo caravaning, especial para la jungla. No hacía falta que le dieran más explicaciones acerca de sus posibilidades y utilidad práctica.

Tuvo que despertar a Carrie que se estremeció, destemplad;

—Vente al otro cart.

—Hum —rezongó.

—Hay unas literas magníficas.

— ¿Litera, dices?

Carrie pasó inmediatamente al vehículo caravaning, mucho más largo. Poco después, reanudaban la marcha.

Se detuvieron frente a un shop-center y se llenaron de provisiones por si el viaje se hacía largo.

—Pero ¿dónde vamos?

—A la jungla.

— ¿A la jungla?

—Sí, ¿no te gusta?

—La verdad, no mucho. Hay esos escorpiones que vimos, arañas gigantes, esas estúpidas tortugas-gato y un montón de bichos horribles.

Carrie prefirió tenderse en la litera y no pensar en las alimañas de la jungla de Free Planet, un planeta sin ley en el que no había paz, se estuviera donde se estuviera.

Su llegada al casino de Mentles le había parecido una maravilla. Poco después, se daba cuenta de que detrás del lujo sólo había barrotes invisibles que le impedían ser libre y que la convertían en esclava para todo.

Carrie intentó dormirse, mas ya no lo consiguió.

Klaud Orleans conducía el vehículo a toda velocidad, buscando el vial que penetraba en la jungla septentrional.

Ignoraba hasta dónde habría llegado la fugitiva en compañía del viejo profesor Sherman, pero suponía que la velocidad de huida no sería grande si la ruta a seguir era larga.

Le hubiera gustado conocer el punto de destino de Silvana Goethe, posiblemente algún hábitat escondido en un lugar casi inaccesible.

Según la guía, que pretendía ser más informativa que turística, fue deteniéndose en los restaurantes de carretera y en los moteles, buscando a gente que reconociera a la mujer de la fotografía. En todas partes sólo obtuvo negativas hasta que...

—Sí, sí, claro que me acuerdo de ella.

Klaud Orleans intuyó que aquel hombre alto y grueso, procedente del planeta Rein, tendría algún motivo concreto para acordarse de Silvana, aparte de su belleza.

Klaud escrutó los ojos oblicuos en vertical del propietario del self-service que vigilaba a distancia el funcionamiento de sus sistemas automáticos de servir comida en las mesas y también el alquiler de las habitaciones.

— ¿Estuvo aquí, entonces?

—Sí, claro que sí.

— ¿Iba sola?

—No, la acompañaba un viejo.

— ¿Cuándo se marcharon?

—De madrugada, creo. La otra noche la armaron.

— ¿Qué quiere decir con que la armaron?

—Al día siguiente encontramos dos terrícolas muertos.

—Eso sí es grave...

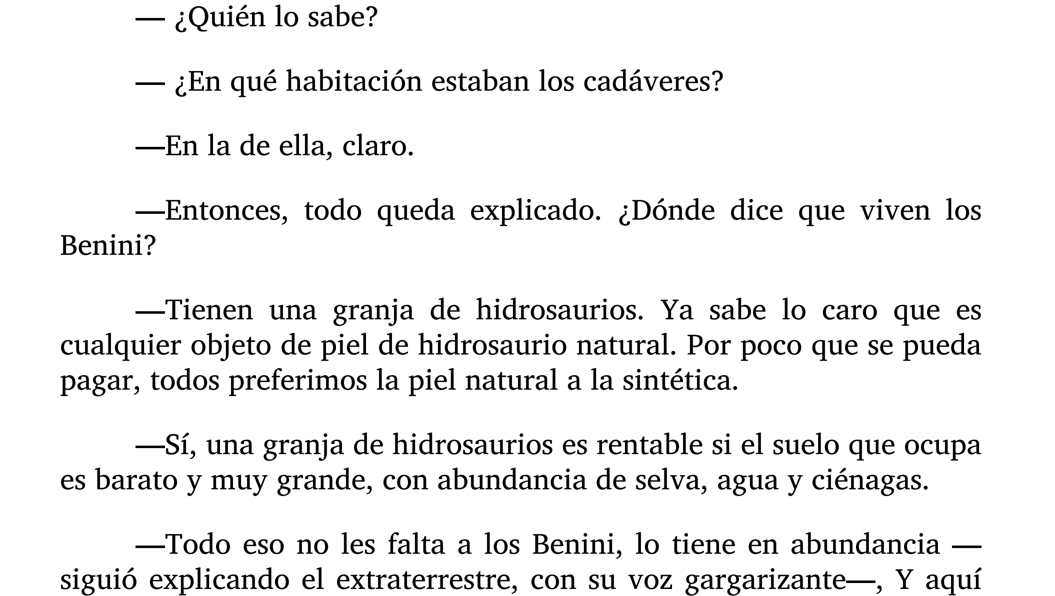
—Sí, y un tercero malherido. Lo peor es que era uno de los hermanos Benini.

— ¿Y qué ocurre con los Benini?

—Nada, que la chica y el viejo no llegarán lejos, los Benini son muy peligrosos. Yo no me hubiera metido jamás con ellos. El herido venía por aquí a divertirse; la chica y el viejo iban armados por lo visto y me dejaron la habitación con agujeros y dos cadáveres.

—Ellos fueron quienes atacaron a la muchacha, ¿no es cierto?

El propietario del restaurante self-service y del motel se encogió



de hombros.

— ¿Quién lo sabe?

— ¿En qué habitación estaban los cadáveres?

—En la de ella, claro.

—Entonces, todo queda explicado. ¿Dónde dice que viven los Benini?

—Tienen una granja de hidrosaurios. Ya sabe lo caro que es cualquier objeto de piel de hidrosaurio natural. Por poco que se pueda pagar, todos preferimos la piel natural a la sintética.

—Sí, una granja de hidrosaurios es rentable si el suelo que ocupa es barato y muy grande, con abundancia de selva, agua y ciénagas.

—Todo eso no les falta a los Benini, lo tiene en abundancia —siguió explicando el extraterrestre, con su voz gargarizante—, Y aquí cualquiera puede apropiarse del suelo que desee mientras lo declare como área de labor y demuestre que lo trabaja, de lo contrario se le retira el título de propiedad. Es la ley, una ley muy corta que tenemos en Free Planet pero que en estos casos se aplica a los Benini hacen rendir bien su granja de hidrosaurios para luego exportar pieles selectas para bolsos, botas, casacas, etcétera.

— ¿Y dónde dice que está esa granja...?

CAPITULO IX

El profesor Sherman dormía aún en su litera cuando Silvana Goethe despertó y miró a través de los cristales del vehículo caravaning. Estaba tan rodeado de ramas gruesas, lianas y hojas, que apenas entraba la luz del poderoso sol que iluminaba y caldeaba el Free Planet.

El vehículo tenía encendida su luz interior, activada por una célula fotoeléctrica que daba la cantidad de luz apropiada a la situación. De hallarse apagada aquella lámpara y debido a la lujuriosa vegetación, Silvana se hubiera visto casi en completa oscuridad.

Se desperezó, tenía que desentumecer sus músculos. Había dormido en mala posición y ahora necesitaba estirar sus piernas, pero no podía apearse del vehículo, incrustados como estaban en la maleza salvaje y espesa, tan espesa que sólo un vehículo como el que pilotaba podía atravesarla, abriéndose paso y cortando la vegetación con un láser que llevaba justo debajo del monofaro, centrado en la proa del cart.

Manipuló en el salpicadero y puso en marcha el vehículo que comenzó a moverse.

Silvana no tenía prisa, por lo que avanzó lentamente, avasallando la maleza.

Transcurrieron pocos minutos antes de que llegara a un claro de la jungla donde la vegetación era sólo una hierba baja, agradable de pisar.

El vehículo descendió los centímetros sobre los cuales se desplazaba sin tocar el suelo y quedó quieto.

— ¿Adonde hemos llegado? —preguntó el profesor Sherman, bostezando.

—A un lugar donde podemos estirar las piernas sin peligro.

—No te fíes, Silvana, el peligro puede estar en cualquier parte y más si nos siguen los asesinos contratados por el grupo de los cinco.

—Nos hemos internado mucho en la jungla. Desde los satélites artificiales no nos pueden localizar debajo de tanto follaje.

Ardía en deseos de salir del vehículo y pisar la hierba húmeda,

saltar sobre ella, y así lo hizo.

Poco después, se reunía con ella el profesor Sherman, que como hombre totalmente metropolitano, observó con recelo la densa jungla que les rodeaba, los árboles altísimos y de gruesas ramas que más semejaban tentáculos.

El viejo la vio saltar y dar volteretas sobre sí misma. La admiró; Silvana estaba totalmente en forma, su cuerpo rebosaba gracia y elasticidad. No era un cuerpo anquilosado.

Con aquellas evoluciones sobre la hierba, la muchacha demostraba ser una gimnasta perfecta. Sintió el orgullo en su garganta, un orgullo mezclado con un sentimiento de vergüenza y culpabilidad por los hechos de su vida anterior.

Sin embargo, en el momento más difícil de su vida, la joven había ido a buscarle y eso valía mucho para el profesor Sherman.

Mientras daba saltos y volteretas, Silvana veía pasar ante sus ojos los altos árboles, la espesa vegetación, el cielo, la hierba sobre la que estaba evolucionando, y no se dio cuenta de un silbido que se dejó oír por encima de los árboles.

El profesor Sherman miró hacia lo alto y descubrió una aeronave que avanzaba lentamente hasta detenerse en el aire, a unos treinta metros de altura, como si se hubiera posado sobre un pedestal que la sostuviera.

De inmediato, por una especie de cañón, brotó una gruesa cuerda blanca y vibrante que fue directa hacia la muchacha. Justo antes de llegar a ella, se abrió en forma de cono, convertida en una red que envolvió por completo a la sorprendida Silvana.

— ¡Papá!

— ¡Silvana, hija!

El profesor Sherman corrió hacia ella con la intención de liberarla de la red que acababan de lanzarle desde el aire. Mas, la aeronave disparó de nuevo una segunda cuerda qué se abrió, desplegando otra traidora red que apresó al profesor Sherman, cerrándose automáticamente por el extremo opuesto mediante un sistema de argollas electromagnéticas.

— ¡Silvana, Silvana! —gritaba el profesor, debatiéndose en vano

dentro de la red que le había atrapado como si fuera una alimaña.

La cosmonave, cuyo único ruido era el zumbido de sus motores ocultos, pues enviaba las radiaciones necesarias para vencer la gravedad del planeta, succionó las cuerdas hasta que ambas presas quedaron colgando debajo de la nave que dio la vuelta en el aire y abandonó aquel lugar.

El profesor Sherman y Silvana veían deslizarse bajo sus pies las copas de los árboles, aunque aquello era relativo, pues quienes se movían era ellos, colgados bajo la aeronave, envueltos en las redes, y no los árboles que seguirían allí inmóviles durante lustros.

El viaje por encima de la jungla no fue muy largo, ya que la ruta que seguían era totalmente rectilínea, lo que acortaba las dificultades. Por otra parte, la aeronave, sin tener que enfrentarse con la vegetación, podía tomar una velocidad muy apreciable.

Desde lo alto pudieron ver vastas extensiones con hileras de árboles y arbustos altos con formas más o menos rectas que separaban charcas y ciénagas. Lo que ignoraban es que aquello era una granja de hidrosaurios.

Allí había también una casa de una sola planta, muy amplia, con un largo y ancho porche que miraba al lado contrario del sol para evitar el rigor de sus implacables rayos.

La aeronave comenzó a descender y aparecieron tres humanos que, vistos más de cerca, resultaron reinícolas que rápidamente se hicieron con las redes y los dos cautivos.

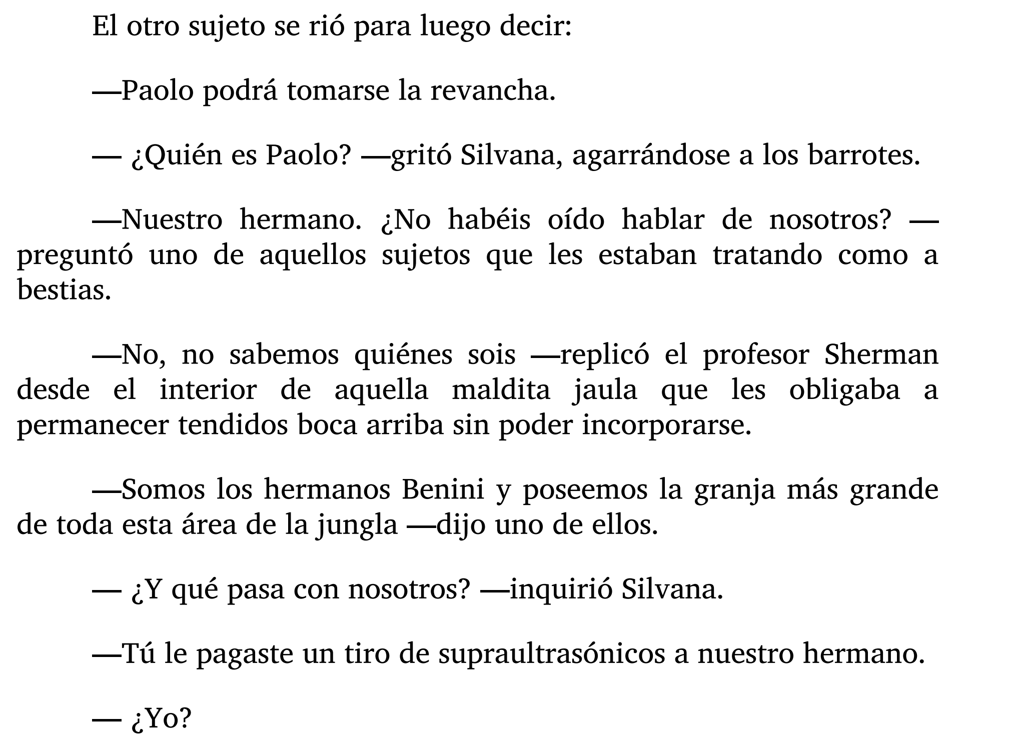
En dos jaulas alargadas y estrechas, aptas para hidrosaurios, introdujeron a Silvana y al profesor pese a la tenaz resistencia que ambos ofrecieron.

La aeronave se estacionó algo más lejos y de ella saltaron dos terrícolas que, sin prisas, se acercaron a las jaulas. Silvana y el profesor les miraron a través de las rejas.

— ¿Qué, estáis cómodamente instalados? —se burlaron.

— ¿Qué significa esto? ¡Es una humillación y una salvajada!

—Cállate, viejo —gruñó uno de los dos terrícolas, poniendo la bota sobre las rejas, justo donde estaba su cabeza.



El otro sujeto se rió para luego decir:

—Paolo podrá tomarse la revancha.

— ¿Quién es Paolo? —gritó Silvana, agarrándose a los barrotes.

—Nuestro hermano. ¿No habéis oído hablar de nosotros? —preguntó uno de aquellos sujetos que les estaban tratando como a bestias.

—No, no sabemos quiénes sois —replicó el profesor Sherman desde el interior de aquella maldita jaula que les obligaba a permanecer tendidos boca arriba sin poder incorporarse.

—Somos los hermanos Benini y poseemos la granja más grande de toda esta área de la jungla —dijo uno de ellos.

— ¿Y qué pasa con nosotros? —inquirió Silvana.

—Tú le pagaste un tiro de supraultrasónicos a nuestro hermano.

— ¿Yo?

—Sí, la otra noche. Paolo juró vengarse y nos pidió que os capturásemos.

Silvana dejó de aferrarse a los barrotes que tan cerca estaban de sus manos y cerró los ojos con un sentimiento de fatalidad.

—Lo habéis dejado en una silla de ruedas para toda la vida —rezongó el otro hermano.

— ¡El es un canalla! —gritó el profesor, comprendiendo que no tenían escapatoria.

Estaban a merced de lo que quisieran hacerle aquellos terrícolas, en medio de una jungla hostil y sin ley donde nadie movería un dedo en su defensa.

—Ya veréis lo que os habéis buscado... Os mantendremos en la jaula hasta que Paolo regrese de la clínica. Será una sorpresa para él, se va a divertir mucho cuando os vea bien encerraditos.

—Verá que sus hermanos no le hemos fallado —dijo el otro.

— ¿Qué hacemos con ellos, hermano? —preguntó uno.

—Podemos dejarlos con los cocodrilos grandes, será un principio de lo que les aguarda.

Cargaron con las jaulas, arrastrándolas hasta hacerlas pasar entre medio de unos arbustos. En realidad, era una compuerta camuflada, pues entre los arbustos había un enrejado que impedía que los cocodrilos encerrados en el cercado pudieran escapar.

Los Benini y los reinícolas subieron a una especie de montículo desde el que podía contemplar lo que sucedía al otro lado del cercado.

De inmediato, varios cocodrilos grandes, de aspecto feroz y larguísimas bocas armadas de temibles dientes, corrieron hacia las jaulas.

Silvana sintió el terror en su garganta al ver abrirse aquellas fauces ante ella. El hedor del aliento de la bestia carnicera le produjo un profundo malestar que ya no olvidaría jamás si salía con vida de aquel lugar.

La boca del primero de los cocodrilos se cerró con un temible chasquido. Los dientes tropezaron con el enrejado de la jaula, que resistió; pero parte de los dientes se introdujeron por entre los huecos de las rejas y Silvana tocó con su mano los terribles dientes que trataban de destrozarla.

Los cocodrilos, ante la resistencia de los barrotes, se encolerizaron y sujetaron con sus fauces. Las elevaron en el aire y las estrellaron contra el suelo mientras los Benini y los braceros reinícolas se reían, divertidos por la situación en la que por sacudidas y golpes, estaban resultando heridos los dos prisioneros.

De improviso, se oyó una sorda explosión, seguida del ruido propio de una deflagración.

Se volvieron con rapidez y vieron como su casa entera se había convertido en una antorcha. Toda ella ardía, como si fuera un papel arrugado al que se aplicara un soplete oxidrílico.

— ¡Allí, allí, un terrícola! —gritó uno de los reinícolas, echando a correr.

Los dos hermanos iban armados y al ver al hombre que acababa de incendiarles la casa, empuñaron sus respectivas armas.

— ¡Quietos! —ordenó Klaud Orleans a distancia, empuñando su

potente pistola electroflamígera.

Se entrecruzaron disparos mientras los braceros reinícolas huían hacia la jungla.

Uno después de otro, los dos granjeros criadores de cocodrilos y caimanes de distintas especies para la ulterior venta de sus pieles, quedaron carbonizados por los disparos del arma de Klaud.

Los feroces cocodrilos gigantes, posiblemente alimentados con piensos radioisotopizados, continuaban con las jaulas entre sus largas mandíbulas, con la esperanza de abrirlas.

Klaud corrió hacia la cerca y disparó contra las bestias. El rayo azulado impactó en las pieles duras de los reptiles anfibios que sufrieron violentas sacudidas, soltando a sus presas que cayeron al suelo.

Klaud tuvo que matar a seis reptiles antes de dejar el campo libre. Saltó luego al interior del cercado que tenía muy próxima la gran charca y brincando por encima de los cocodrilos medio carbonizados que aún sufrían espasmos musculares, especialmente en las colas, llegó junto a las jaulas.

— ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, creo que sí —balbució Silvana, que se sentía desfallecer después de verse tanto rato entre las fauces de los cocodrilos.

Las jaulas estaban sólidamente cerradas. Klaud optó por acercarse a los cuerpos medio carbonizados de los hermanos Benini y rebuscó entre sus ropas destrozadas. Por suerte, las llaves no se habían fundido.

Mientras la casa de los Benini se reducía a cenizas, Klaud Orleans regresó junto a las jaulas y las abrió, liberando a Silvana y al profesor. Ambos estaban doloridos y aturdidos.

—Será mejor que nos vayamos de aquí en seguida —apremió Klaud.

— ¿Quién es usted? —le preguntó Silvana.

—Alguien que ha venido a ayudarles. Vamos a mi cart.

Tuvo que ayudarles a salvar la cerca y a correr hacia el vehículo

caravaning mientras, ocultos entre el follaje, los reinícolas les veían alejarse.

Ya dentro del atom-hover-craft, Klaud hizo las presentaciones.

—Carrie, Silvana y el profesor Sherman.

—Encantada. Ah, ¿tú eres la chica que le gusta a Klaud? —preguntó Carrie, inocentemente.

Silvana, sorprendida, miró a Klaud que retrocedía por un sendero abierto que conducía al vial principal que cruzaba toda la jungla septentrional.

—Creo que no nos hemos visto jamás...

— ¿No? —se asombró Carrie, aunque la pregunta no iba dirigida a ella—. ¿Y la foto en monokini que Klaud lleva encima?

— ¿Una foto mía en monokini?

—Sí, la tengo, es ésta —dijo Klaud, sacándola de su bolsillo.

—Es cierto.

El profesor Sherman se había tendido en la litera del vehículo, se sentía como roto.

— ¿Cómo la has obtenido? —quiso saber Silvana.

—Te estaba buscando. ¿Dónde tienes el cartucho de memoria biónica?

Instintivamente, Silvana se echó hacia atrás, apretando su espalda contra el respaldo del asiento que ocupaba junto a Klaud.

— ¿Te ha enviado la corporación de los cinco?

— ¿Crees que si viniera a matarte te hubiera salvado?

—Tú quieres que yo te entregue el cartucho de memoria biónica...

—Si piensas eso de mí, coge mi pistola y dispárame.

Silvana vaciló. Alargó su mano, desenfundó la pistola y la empuñó sin que Klaud hiciera nada por impedirlo.

Carrie brincó en su asiento, sobresaltada.

— ¿Lo vas a matar?

Klaud pulsó una tecla del salpicadero y dijo:

—Ahora ya puedes disparar. El vehículo funciona con el control automático, no pasará nada aunque yo muera.

La mano de Silvana tembló. Tras ella, el profesor le pidió:

—No dispares, parece un hombre honesto.

—! Y tanto que lo es! —exclamó Carrie—. A mí me sacó del casino jugándose diez mil soles y luego no me ha pedido nada a cambio, ni un beso, y dice que me regresará a la Tierra para que sea libre de nuevo. Aquí hubiera terminado en el peor de los burdeles y gracias a él, volveré a ser libre.

—Pero ¿quién, quién eres en realidad?

—Te lo voy a decir con claridad: Soy un agente de alta seguridad del gobierno confederal y he ocupado el puesto de un asesino profesional. Mi rostro original está ligeramente modificado y llevo superpuestas unas huellas dactilares plásticas que no me corresponden.

— ¿Que ocupas el puesto de un sicario profesional...?

—Sí. Recibimos una información secreta y supimos que la Five Corporation pensaba contratar a un sicario para ejecutar a una joven técnico en computadoras selectivas. Klaud Orleans es un asesino famoso dentro del mundo de los sicarios, nuestra policía lo sabe y se mantiene una vigilancia discreta en torno a él. Se decidió que yo le suplantara y que obedeciera las indicaciones del grupo de los cinco como si fuera el asesino.

Silvana, todavía recelosa, inquirió:

— ¿Y él, dónde está?

—Criogenizado en la Tierra, junto a una amiga suya, una joven reinícola. Cuando sea el momento, los descongelaremos y los reintegraremos a la vida normal. No sabrán exactamente lo que les ha ocurrido, será para ellos una sorpresa cuando despierten.

— ¿Cómo puedo comprobar todo lo que dices?

—Si no lo crees, mátame.

— ¿Qué es lo que buscas, en realidad?

—Dos cosas.

— ¿Cuáles? —apremió Silvana.

Por su forma tajante de hablar, parecía haber olvidado que aquel hombre acababa de salvarles de las fauces de los cocodrilos gigantes.

—Queremos destruir a Klaud Orleans, el sicario de la Galaxia.

— ¿Y qué más?

—Los servicios de alto secreto de la Confederación Terrícola sospechan que el grupo de los cinco trama algo, pero no sabemos qué es. Cuando me presenté ante ellos como el sicario Klaud Orleans, me dijeron que debía recuperar un cartucho de memoria biónica.

—Eso es, pero ¿cómo no te reconocieron ellos?

—Mi rostro ha sufrido una transformación temporal, ya te lo he dicho. Cuando termine este asunto, volveré a ser el que era, aunque, por supuesto, para poder suplantar a Klaud Orleans, debía tener ya un gran parecido físico con él, altura, peso, facciones generales... Lo cierto es que estudié hasta sus gestos y actitudes, aunque estuve a punto de ser descubierto por un tal Herbert.

Silvana bajó el arma y Carrie suspiró ruidosamente.

— ¡Menos mal que te decidiste, encanto! Claro que si lo llegas a lastimar, te saco los ojos con estas uñas que tengo.

—Está bien, creo que eres un agente de alto secreto del gobierno confederal y me pongo en tus manos.

— ¿Qué contiene el cartucho biónico?

—Todos los datos, incluyendo las coordenadas, de los centros armados que posee la Confederación Terrícola.

— ¿Todos los centros armados, dices?

—Sí, todas las bases de cosmonaves milicianas. El grupo de los cinco ha construido secretamente una cosmonave esférica que navega por el espacio como si fuera un asteroide. Está llena de bocas por las

que serán disparados supermisiles destructivos. Todos los misiles serán disparados al mismo tiempo hacia los objetivos milicianos de la Confederación Terrícola que por este ataque por sorpresa quedará sin armas y sin milicianos. Ellos han ido recogiendo todos los datos necesarios para dar a la computadora de disparo automático las coordenadas de los objetivos a destruir.

— ¿Y todos los datos militares están metidos dentro del cartucho de memoria biónica?

—Sí. Colocar ese cartucho dentro de la calculadora de disparo del asteroide artificial, será el fin de nuestra libertad como humanos y el comienzo de la esclavitud bajo el sometimiento de la dictadura de ese quinteto. Quieren convertirse en los dueños de la Confederación Terrícola y terminar con todas las libertades democráticas para imponer la ley de su fuerza, de su despotismo.

—Menos mal que se te ocurrió robar ese cartucho de memoria biónica; ahora no pueden disparar sus terribles misiles secretos.

—No, pero si pasa mucho tiempo volverán a fabricar un cartucho igual hasta que consigan sus fines.

—No lo lograrán, dame el cartucho.

—No lo tengo.

— ¿Cómo...?

CAPITULO X

Klaud Orleans tuvo que buscar la ruta seguida por Silvana con su caravaning hasta encontrarlo en el claro del bosque. El avance fue rápido, ya que el paso del anterior vehículo había dejado un hueco en la espesura que siguieron como si se tratara de un túnel.

Silvana saltó del vehículo del falso Klaud Orleans. Su padre también lo hizo y la joven se encaró con él.

—Papá, ¿crees que debo confiar en ese hombre?

—Sí, creo que sí. Si no lo haces, jamás encontrarías a nadie en quien poder confiar. Tampoco puedes estar huyendo siempre, y te lo digo yo que huí de la Tierra después de matar al hombre que...

—Sí, que dijo haberse acostado con mamá; pero ella te fue siempre fiel y no podía perdonarte que sospecharas de su integridad.

—Lo sé, pero yo ya me había convertido en un fuera de la ley y escapé hacia Free Planet. Aquí rehíce mi vida.

— ¿Con Janet?

—No te pido que comprendas que la soledad es muy dura; yo no la he sabido soportar.

—Mamá, antes de morir, te perdonó y deseó que fueras feliz donde quiera que estuvieses. Yo supe dónde estabas gracias a una casualidad.

— ¿Por eso viniste a pedirme ayuda?

—Sí.

—Te lo agradezco, hija. —La tomó entre sus brazos y la estrechó contra sí, paternalmente.

Tras aquel abrazo entre padre e hija que volvían a comprenderse, Silvana entró en el vehículo y buscó el cartucho de memoria biónica que había escondido dentro de una caja de galletas.

Iba a salir del vehículo cuando vio aparecer a cuatro hombres, dos de ellos reinícolas. Iban armados y apuntaban hacia el grupo que formaban Carrie, el profesor Sherman y el propio Klaud Orleans.

—No te muevas —advirtió uno de los reinícolas.

El falso Klaud, que no podía acercar su mano al arma que colgaba de su cinto, reconoció al jefe del grupo que les había sorprendido.

—Mentles...

—No esperabas verme, ¿eh?

—Si es por mí —dijo Carrie— volveré al casino, pero no le hagas daño a él.

—No es por ti —gruñó Mentles—. Y para demostrártelo...

Sorpresiva e inesperadamente, disparó sobre la bella Carrie el rayo láser de su arma.

Carrie se encogió sobre sí misma mientras se desprendía luz y humo de su cuerpo que, mortalmente impactado, cayó al suelo.

— ¡Canalla! —escupió el falso Klaud.

—Quiero lo que tiene la chica de la Five Corporation.

— ¡Esto es lo que tengo! —exclamó Silvana, asomando por la puerta del vehículo con su pistola de Supraultrasonic que disparó sin vacilar contra aquel asesino que había matado a Carrie.

Mentles, que trataba de aprovecharse de la situación para luego chantajear al grupo de los cinco, fue alcanzado de lleno. Se desplomó en medio de violentas contracciones corporales.

El falso Klaud, superagente del alto servicio secreto del gobierno Confederal Terrícola, se lanzó al suelo sobre aquella hierba blanda al tiempo que desenfundaba y disparaba su arma de rayos electroflamígeros.

Se entrecruzaron más disparos.

Klaud consiguió abatir a dos de los asesinos. El tercero, huyó, pero Klaud salió en su persecución.

Cuando el vehículo en el que habían llegado los asesinos con Mentles al frente trataba de escapar, disparó contra la nave dando la máxima potencia a su pistola.

El vehículo se conmocionó y luego explotó, convirtiéndose en una bola de fuego que consumió al fugitivo, pero no así la pila

atómica que servía de combustible para que el vehículo se moviera, ya que tales pilas atómicas estaban construidas a prueba de choques y altas temperaturas.

Regresó al claro del bosque cuando por entre el follaje ascendía la humareda al cielo y parte de la jungla se quemaba, aunque era tal el verdor y la humedad que el incendio no se propagó más allá de un radio de un par de cientos de metros, formando otro claro en la densa jungla del Free Planet.

—Pobre Carrie —suspiró Silvana, viendo a la muchacha del casino muerta sobre la hierba.

— ¿Qué hacemos con su cuerpo? —preguntó el profesor Sherman—. Si la dejamos aquí, antes de dos horas estará llena de alimañas que devorarán su cuerpo.

—Ella merece un tratamiento especial —dijo el superagente.

Puso su arma electroflamígera al máximo de potencia y disparó sobre el cadáver de Carrie que se puso blanco, un blanco cegador. Luego, la luz se fue apagando y sólo quedaron cenizas sobre un suelo calcinado.

—Ya no habrá alimañas nutriéndose de su cuerpo —musitó Silvana. Alargó su mano hacia Klaud y le entregó el cartucho—. Aquí lo tienes.

—Gracias. Ah, mi nombre es Ulyses Borzoi...

EPILOGO

La cosmonave hyperlight entró en la atmósfera de la Tierra tras el largo viaje a través de los sistemas interestelares.

Ulyses Borzoi la pilotaba y a bordo viajaban Silvana Goethe (que utilizaba el apellido materno), el profesor Sherman, que iba dispuesto a someterse a la ley y a la justicia de la Confederación Terrícola por un delito cometido una docena de años antes y su compañera Janet.

Ulyses estacionó la hyperlight en un área de control miliciano donde quedó protegida. Allí mismo se puso en contacto con sus superiores del servicio de alto secreto y recibió órdenes concretas.

—No podemos salir de esta base hasta dentro de veinticuatro horas.

Silvana preguntó:

— ¿Por qué?

—Ordenes de mis superiores.

— ¿Y después?

—Tú me acompañarás al refugio de los cinco.

— ¡Nos matarán!

—No creo. Ah, he puntualizado la valiosa cooperación de tu padre en todo este asunto y me han contestado que su caso, por el tiempo transcurrido, quedará sobreseído. Deberá esperar la decisión de los jueces, pero mis superiores se encargarán de que todo se resuelva satisfactoriamente.

— ¡Gracias, Ulyses! —le dijo Silvana, abrazándole con emoción.

Veinticuatro horas más tarde, en un vehículo privado, Ulyses y Silvana se dirigieron al refugio de despachos donde se hallaban los cinco hombres que formaban la corporación financiera más poderosa de la Tierra.

Allí estaban los cinco personajes en vivo, ya no se ocultaban tras un televisor biselado.

— ¿Cómo has sabido que éramos nosotros quienes te contratábamos, Klaud Orleans? —preguntó uno de ellos.

—Me lo ha dicho Silvana.

—Debiste haberla ejecutado.

—La he convencido para que se quede calladita y se apareje conmigo.

Otro de los presentes insistió:

—Es mejor ejecutarla.

—Si alguien la toca, lo mato yo a él —advirtió el falso Klaud.

Todos apretaron los labios conteniendo la ira contra aquel hombre que se atrevía a amenazarles. Sólo uno no cerró los labios, pues exigió:

—El cartucho.

Ulyses Borzoi lo sacó de su bolsillo y lo arrojó sobre la mesa. Cinco manos ávidas se abalanzaron sobre él mientras la angustia se reflejaba en el bello rostro de Silvana Goethe.

—Es mejor así, Silvana. Vámonos. —Se volvió hacia ellos y silabeó—: pasaré por caja. Si no me pagan, vuelo este edificio.

—Estamos hartos de tus amenazas, Klaud Orleans, gruñó el que antes exigiera el cartucho—. Pasa por caja y cobrarás, pero luego desaparece de nuestra vista.

—Suerte con su memoria biónica.

La pareja abandonó los despachos. Ulyses pasó por caja y se llevó los billetes, doscientos mil soles que Silvana contempló con perplejidad.

— ¿Te has vendido, Ulyses? —le preguntó, ya a bordo del vehículo que se alejaba del edificio de la Five Corporation.

—No me he vendido.

—Tú les has entregado el cartucho de la memoria biónica...

—Es cierto, pero los técnicos de alto servicio secreto de la Confederación han borrado toda la memoria del cartucho y se han pasado más de doce horas metiendo datos falsos.

— ¿Datos falsos?

—Sí, sólo hay uno verdadero.

— ¿Cuál?

—Las coordenadas del propio refugio de la Five Corporation. Si su asteroide artificial se pone a disparar en todas direcciones, destrozará meteoritos y uno de los disparos será para ellos mismos. Si tratan de atacar a la Confederación, en vez de conseguir el poder obtendrán su propia destrucción.

— ¿Y el verdadero Klaud Orleans?

—Será descriogenizado y se le dejará en el interior de la hyperlight con la chica que le acompañaba cuando fue secuestrado para llevar adelante esta misión.

— ¿Y después?

—No hay que preocuparse de él. Los cinco del grupo se encargarán de eliminarlo para que no hable. Se supone que sabe demasiado; tú le has contado el secreto que contiene el cartucho de la memoria biónica o, por lo menos, ellos lo creen así.

—Espera, espera… En ese caso, también querrán eliminarme a mí.

—No, porque vamos a modificarte un poco la carita mientras yo recupero la mía. Cambiarás un poco durante un tiempo, el tiempo que los cinco ambiciosos tarden en destruirse a sí mismos.

—Antes de cambiar tu rostro y yo el mío, ¿me dejas que te bese?

—Naturalmente. Carrie tenía razón, me enamoré de ti mirando tu fotografía tridimensional en monokini y es que estás para comerte…

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

Impreso en España